

Boletín del Obispado de Tui-Vigo

2014

Nº 2.763

ABRIL - JUNIO

FOTO PORTADA:

Serie imágenes arciprestazgo de “A Guarda-Tebra”
Sagrado Corazón. Parroquia de Santa Uxía de Mougás

Edita: OBISPADO DE TUI-VIGO

Dirige: Manuel Lage Lorenzo

Administra: Alfonso Fernández Galiana

Dr. Corbal, 90 - 36207 Vigo

Teléfono 986 375 153

E-mail: bispado@diocesetuivigo.org

D.L. VG. 46

Imprime: Imprenta Medios - O Rosal - Telf. 986 610 112

Supcripción anual (2014): 26 €

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

Nuevas condolencias por la tragedia del mar	129
Convocatoria a la Jornada de Oración con motivo de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús	131
Convocatoria a participar en las Jornadas de Programación Pastoral	133

Decretos

Decreto de D. Luis Quinteiro Fiuza	137
Decreto sobre la Asociación de Fieles, orden y mandato de S. Miguel Arcángel	139

Cancillería-Secretaría

Nombramientos	143
Ministerios Eclesiásticos	145
En la Paz de Cristo	149

Delegaciones

Delegación Episcopal de Pastoral Litúrgica	153
--	-----

Vida Diocesana

Agenda Diocesana	157
------------------------	-----

IGLESIA EN GALICIA

Comunicado de la reunión ordinaria de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago	163
--	-----

IGLESIA UNIVERSAL

Del Santo Padre

Audiencias Generales	169
----------------------------	-----

Discursos:

<i>Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en el encuentro de las Obras Misionales Pontificias</i>	195
---	-----

<i>Celebración ecuménica con ocasión del 50 aniversario del encuentro en Jerusalén entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras</i>	197
---	-----

<i>Encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas</i>	201
--	-----

<i>Rueda de prensa del Santo Padre Francisco en el vuelo de regreso a Tierra Santa</i>	203
--	-----

<i>Palabras del Santo Padre Francisco</i>	215
---	-----

Homilias:

<i>Celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor</i>	219
--	-----

<i>Santa Misa Crismal</i>	221
---------------------------------	-----

<i>Celebración de la Vigilia Pascual</i>	225
--	-----

<i>Misa de acción de gracias por la canonización de San José de Anchieta, sacerdote de la Compañía de Jesús</i>	227
---	-----

<i>Santa Misa y canonización de los Beatos Juan XXIII y Juan Pablo II</i>	229
---	-----

<i>Santa Misa con ordenaciones presbiterales</i>	231
--	-----

<i>Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés</i>	233
---	-----

<i>Santa Misa en la Solemnidad del Corpus Christi</i>	237
---	-----

<i>Santa Misa e imposición del Palio a los nuevos metropolitanos</i>	239
--	-----

IGLESIA DIOCESANA



1. DEL SR. OBISPO

- 1.1 Nuevas condolencias por la tragedia del mar
- 1.2 Convocatoria a la Jornada de Oración con motivo de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús
- 1.3 Convocatoria a participar en las Jornadas de Programación Pastoral

2. DECRETOS

- 2.1 Decreto de D. Luis Quintero Fiuza
- 2.2 Decreto sobre la asociación de fieles orden y mandato de S. Miguel Arcángel

3. CANCELLERÍA-SECRETARÍA

- 3.1 Nombramientos
- 3.2 Ministerios Eclesiásticos
- 3.3 En la Paz de Cristo

4. DELEGACIONES

- 4.1 Delegación Episcopal de Pastoral Litúrgica

5. VIDA DIOCESANA

- 5.1 Agenda Diocesana

1. DEL SR. OBISPO

NUEVAS CONDOLENCIAS POR LA TRAGEDIA DEL MAR

(Conferencia Episcopal Española: Nota del Obispo Promotor del Apostolado del Mar)

3 de Abril, 2014

No ha pasado ni un mes y una doble tragedia en el mar ha golpeado de nuevo nuestros corazones. Tres marineros han muerto y otros se encuentran desaparecidos debido, por una parte, a la colisión entre dos barcos en la madrugada del martes 1 de abril en la Ría de Vigo, con el posterior naufragio del pesquero "Mar de Marín", y, por otra, al incendio del pesquero "L'Escandall", ocurrido ayer en Barcelona.

Encomendamos al buen Padre Dios y a su gran misericordia las vidas de estos hijos que han pagado con su vida el duro ejercicio de la noble profesión de las gentes de la mar, a la vez que damos gracias a Dios por los que han conseguido salvarse.

Un nuevo sufrimiento en estos tiempos de crisis ha venido a empañar nuestras vidas. Y nuestra mirada se clava de nuevo en el Crucificado, como en muchos otros momentos de las difíciles encrucijadas de la vida. Le pedimos que conceda la salud eterna a los que se han ido y el restablecimiento total de los heridos. Pedimos también el consuelo y la fuerza que tuvo el Crucificado para todas las familias de los fallecidos para que se recuperen de su dolor inmenso, que hoy lo hacemos también nuestro.

Todos sabremos responder solidariamente con las familias de los afectados. Para ellos, pedimos la generosidad de todas las ayudas sociales pertinentes. La vulnerabilidad de las gentes del Mar debe hacer más atenta la solicitud de la Iglesia y de la sociedad en su conjunto para salvaguardar todos sus derechos. Que toda la gente del mar seamos capaces de unir nuestras fuerzas para transmitir a los afectados y a la familia marinera el cariño y la cercanía de Jesucristo y de su Iglesia. En esta ocasión, de nuevo, recordamos una estrofa de la Salve Marinera como oración dirigida a Nuestra Señora, la Virgen del Carmen:

“De tu pueblo, a los pesares
Tu clemencia dé consuelo.
Fervoroso llegue al cielo
Y hasta Ti, y hasta Ti, nuestro clamor.”
+ Mon. Luis Quintero Fiuza , obispo de Tui-Vigo

CONVOCATORIA A LA JORNADA DE ORACIÓN CON MOTIVO DE LA SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Queridos sacerdotes:

Paz y gracia de parte de Dios en quien vivimos, nos movemos y existimos.

Me dirijo a vosotros, agradecido por vuestra colaboración y lealtad en el anuncio del evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, para invitaros a participar el viernes 27 de junio en la próxima jornada de santificación sacerdotal, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Para ese día, el Vicario del Clero, os había propuesto compartir la adoración y alabanza a Jesucristo sacramentado en la parroquia de San Miguel de Pontearreas.

En estos días he recibido una carta del Prefecto de la Congregación para el Clero, enviada a través del Nuncio del Papa en España, que os adjunto, en la que se nos anima a que esta Solemnidad del Sagrado Corazón sea una jornada de oración, convivencia, diálogo y de mesa en común para el presbiterio diocesano.

Asumiendo esta iniciativa, con todo interés, os convoco a este encuentro sacerdotal en el Seminario Menor de Tui, a partir de las 11:00 h. Estoy convencido que nuestra presencia en estos encuentros nos fortalece y nos impulsa a una renovación del corazón, para ser así testigos de un don que se nos ha confiado y que llevamos en vasijas de barro.

Para poder efectiva esta invitación y para su mejor organización podéis comunicar a los formadores del Seminario Menor vuestra participación.

Confiando en vuestra buena acogida, os bendigo con afecto pastoral.

Vigo, 5 de junio de 2014



Luis Quintero Fiuza
Bispo de Tui-Vigo

CONVOCATORIA A PARTICIPAR EN LAS JORNADAS DE PROGRAMACIÓN PASTORAL

Queridos hermanos y hermanas:

Permitidme, antes de nada, que os exprese mi más sincero agradecimiento por todo el trabajo que desempeñáis; es la clara expresión de una Iglesia que quiere ser fiel al mandato de su Señor y testimoniar con obras y palabras la misericordia divina. Es también un signo de vuestro amor eclesial y de vuestra entrega a Dios y a los hermanos.

Por medio de esta carta convoco a Arciprestes, Delegados y a algunos representantes del laicado, a las jornadas de programación pastoral para el próximo curso 2014-2015.

Se celebrarán en el Seminario menor de Tui del 7 al 9 de julio. La temática girará en torno a la *Evangelii Gaudium*, en concreto sobre la conversión pastoral para la transformación misionera de la Iglesia.

Varios motivos nos llevan a centrarnos en esta cuestión:

- El carácter programático de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*.
- El reto constante de la evangelización, que ha estado presente en todos los pontífices desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días.
- La convicción profunda de que sólo desde una profunda renovación de nuestra vida y de nuestra práctica pastoral es posible anunciar el Evangelio con credibilidad.
- El sentido de responsabilidad eclesial que nos pide sumar fuerzas y esfuerzos a esta tarea que nos encomienda el Santo Padre.
- La certeza de que nuestra diócesis necesita una renovación espiritual y un impulso misionero y evangelizador.

Para la reflexión sobre el documento contaremos con la guía y ayuda de D. Eugenio González S.D.B., párroco de María Auxiliadora de Vigo, experto en cuestiones pastorales y catequéticas, y con amplia experiencia práctica.

Os invito encarecidamente a que asistáis y participéis en estas Jornadas que son, ciertamente, de trabajo pero también de oración, convivencia y encuentro.

Affmo. en el Señor.

11 de junio de 2013



Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

2. DECRETOS

LUIS QUINTEIRO FIUZA
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE TUI-VIGO

DECRETO

De conformidad con lo previsto en el art. 7 y Disposición adicional primera de los Estatutos de la Fundación canónica Santa María Oferente, por mí aprobados en 27 del pasado mes de enero, nombro Miembros electivos del Patronato de la mencionada Fundación, por cinco años renovables, a

Don Jesús Gago Blanco, Capellán de las Hnas. de los Ancianos Desamparados,

Don José María Lanaja del Busto, Catedrático de la Universidad de Vigo;
Doña Fernanda Ruiz Corbacho, Presidenta de la Cofradía de Ntra. Sra. de Fátima.

En consecuencia, el repetido Patronato queda integrado por:

Don Juan Luis Martínez Lorenzo, Vicario General, como Miembro nato;
Don Jesús Gago Blanco;
Doña María del Rosario Gómez Pousa, Presidenta;
Don José María Lanaja del Busto y
Doña Fernanda Ruiz Corbacho.

Comuníquesele lo que antecede a los interesados.

Vigo, 16 de junio de 2014.

Por mandato,



Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

DECRETO SOBRE LA ASOCIACIÓN DE FIELES ORDEN Y MANDATO DE S. MIGUEL ARCÁNGEL

Nombro y constituyo al Rvdo. Sr. D. José Vidal Novoa, Vicario de Pastoral de la Diócesis, Comisario Extraordinario de la Asociación Pública de Derecho Diocesano.

Orden y Mandato de S. Miguel Arcángel.

Por mandato,



Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

3. CANCELLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha firmado los siguientes nombramientos:

4 de abril de 2014

Don Manuel Abalde Costas, *Administrador de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo*, hasta el 2 de julio del presente año.

8 de abril de 2014

Rvdo. Sr. Lic. D. José Antonio García Rodríguez *Adscrito a la Parroquia de Ntra. Sra. del Rocío, de Vigo.*

Rvdo. Sr. Lic. D. David López Castro, *Párroco de Santiago de Covelo, Santa Mariña de Covelo, Santo Estevo de Casteláns, y Santa María de Paraños.*

2 de mayo de 2014

Rvdo Sr. Lic. Don Santiago Manuel Vega López, *Asistente religioso para la Asociación Pública de fieles “Orden y Mandato de San Miguel Arcángel”, continuando con los cargos de Párroco y Formador del Seminario Mayor.*

9 de mayo de 2014

Rvdo. Sr. Don Jesús Carrero Pérez, *Párroco de San Xoán de Paramos, de Santiago de Baldráns y de San Vicente de Soutelo; por seis años.*

16 de mayo de 2014

Don Ricardo Pérez Hernández y Doña Soledad Cameselle Tomé, *Responsables del Sector “B”, de Vigo, de Equipos de Nuestra Señora.*

23 de mayo de 2014

Rvdo. Sr. Dr. Don Antonio Menduiña Santomé, *Párroco de San Mamede*

de Petelos, de San Miguel de Pereiras y de Santo Estevo de Cans (Anexo de Atios); por seis años.

11 de junio de 2014

Padre Augusto Guerra Sancho, OCD, Vicario Parroquial de Nosa Señora del Carmen, de Vigo.

19 de junio de 2014

Don Ángel Dorrego Leal, Director de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.

20 de junio de 2014

Don José Antonio García Coba, Secretario General de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.

Don Manuel Abalde Costas, Administrador de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.

MINISTERIOS ECLESIAÍSTICOS

El día 6 de junio, Viernes de la VII Semana de Pascua, de 2014, en la Capilla del Seminario Mayor “San José”, de Vigo, El Sr. Obispo confirió el Ministerio del Acolitado al lector de esta Diócesis:

Don Alberto Santos González.

ACERCA DEL EXPEDIENTE MATRIMONIAL

Vigo, a 10 de junio de 2014.

OBISPADO DE TUI-VIGO NOTARÍA DE MATRIMONIOS

A los Párrocos de la Diócesis

Recordarles lo que sigue:

1. En todos los Expedientes Matrimoniales que han de ser tramitados a través de la Curia Diocesana, remitimos al Boletín del Obispado nº 2707. Enero-Febrero 2004. (Ver separata Memoranda N° 15)
2. **En todos** los Expedientes Matrimoniales se incluirá la **Partida Literal, reciente, de nacimiento**, en orden a prevenir situaciones delicadas que en la actualidad se presentan con frecuencia (Memoranda N° 16)
3. Cuando el Expediente Matrimonial no se queda en la Parroquia, debe ir acompañado **siempre** de la **Partida bautismal**, tanto si se tramita en la Curia, como si va a otra parroquia dentro de la Diócesis.
4. **EXTRANJEROS:** Antes de iniciar el Expediente Matrimonial de los ciudadano/as de fuera de la Unión Europea, éstos deberán presentar **Permiso de**

Residencia en España. Este dato es imprescindible para iniciar el Expediente Matrimonial y para poner fecha de la Celebración del Matrimonio. Para cualquier aclaración consultar a la Notaría de Matrimonios.

5. **FECHA CELEBRACIÓN:** nunca se pondrá una fecha del matrimonio, antes de consultar a la Vicaria si toda la documentación esta en regla.

6. **Comunicación del Matrimonio al Registro Civil:** A partir de ahora en la comunicación del matrimonio canónico al Registro Civil se eliminará o no se incluirá la hoja destinada a datos estadísticos.

7. **Comunicación del Matrimonio** (notas marginales). Esta comunicación se hará desde la Curia, cuando sea para otra Diócesis distinta a la nuestra. Dentro de la Diócesis, los Sres. Párrocos las enviarán directamente a la Parroquia de destino.

8. Se ruega adviertan a los contrayentes, que las **oficinas sólo abren por la mañana, en horario de 9.30 a 1.30;** y que los **sábados no abren.**

9. *De todos modos, el medio ordinario de hacer llegar los documentos al Obispado, es por correo postal; certificado, si es el caso*

10. *En el próximo BOLETÍN del OBISPADO se concretará más esta normativa; y otras orientaciones.*

NOTA DEL REGISTRO CIVIL SOBRE CERTIFICACIÓN ECLESIAÍSTICA DE MATRIMONIO

Vigo, 27 de junio, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, de 2014

OBISPADO DE TUI-VIGO NOTARÍA DE MATRIMONIOS

A los Párrocos de la Diócesis

Ruego tenga a bien leer detenidamente esta nota que nos han enviado desde el Registro Civil de Vigo; y que estimo es oportuno hacer llegar a todos los

Párrocos de la Diócesis, a partir de ahora, procuren rellenar diligentemente las Certificaciones Eclesiásticas de Matrimonio.

Vigo, 26-06-2014

BUENOS DIAS:

*Me dirijo a Uds. para solicitar en la medida de lo posible su colaboración, y lograr que las **Certificaciones eclesásticas de Matrimonio que remiten a éste Registro Civil** los párrocos, vengan lo más completas posible, pues a veces los datos están incompletos, y las aplicaciones informáticas, al faltar algún dígito o dato, no nos permiten la inscripción. Ejemplo: el D.N.I. de uno de los contrayentes, incompleto. Nosotros tratamos, en la medida de nuestras posibilidades, de subsanarlo para no molestar al sacerdote que ha emitido la certificación; pero en ocasiones no es posible. Por ello les sugiero que en algún boletín o reunión que tengan con los párrocos de nuestra ciudad les pidan que, en el apartado de **OBSERVACIONES** que se halla en la parte inferior de la certificación, hagan constar el teléfono de cualquiera de los contrayentes y así a través de ellos podremos subsanar y agilizar la inscripción con todos los datos correctos.*

Gracias por su colaboración. No duden en ponerse en contacto conmigo para cualquier cuestión relativa a los temas de nuestra competencia.

Fdo Joaquín Macías Sánchez,
Secretario Judicial Registro Civil Exclusivo de Vigo

Que Jesús y su Santa Madre les guarden,

Vice-Cancillería

EN LA PAZ DE CRISTO

• Don Marcelino Enrique Estévez Yáñez (1937-2014)

El sacerdote que fue de esta Diócesis don Marcelino Enrique Estévez Yáñez, incardinado en 1970 en la Archidiócesis de Caracas, falleció tras larga enfermedad el 23 de abril de 2014, en aquella ciudad, en la que recibió cristiana sepultura.

Hijo de los esposos Marcelino y Elvira, don Marcelino había nacido en Escudeiro (Diócesis y Provincia de Ourense) el 18 de febrero de 1937.

Tras concluir en el Seminario de Tui los estudios de Latín y Humanidades (1956), se matriculó para el curso 1956/1957 en el Seminario y Universidad Pontificia de Comillas (Cantabria), donde realizó los estudios de Filosofía y Teología, obteniendo la Licenciatura en Filosofía y Teología, e iniciando el curso de Doctorado en Teología, que por sus intensas tareas ministeriales y falta de salud no pudo concluir.

En Vigo, en la Iglesia del Colegio del Apóstol Santiago de la Compañía de Jesús, recibió el presbiterado el 28 de junio de 1964. Por breve tiempo ejerció el ministerio en la Parroquia de Santa Clara, como Coadjutor; en San Martiño de Coia y Santo Tomé de Freixeiro; viéndose precisado por razones familiares a trasladarse a Caracas, con el cargo de Capellán de Emigrantes (1965). Dos años más tarde, se le nombró Coadjutor de San José de Chacao, en aquella Archidiócesis, en la que el 30 de abril de 1970 se incardinó, ejerciendo principalmente los cargos de profesor del Seminario Archidiocesano, Profesor del Colegio de La Salle, y, durante muchos años, Párroco de Nuestra Señora de Fátima, de Colinas Vista-Alegre.

Concédele, Señor, el lugar del consuelo, de la luz y de la paz.

• P. Custodio Sancho Terrones, Carmelita Descalzo (1934-2014)

El día 30 de abril, en el Centro Médico Povisa, de Vigo, pasó de este mundo a la casa del Padre, a los setenta y nueve años de edad, el P. Custodio Sancho Terrones, carmelita descalzo, de la comunidad de Vigo.

Había nacido el 14 de mayo de 1934, en Valdecarros, provincia de Salamanca, y fue bautizado el día 24 del mismo mes y año. Fueron sus padres José María Sancho Miranda y Jerónima Terrones Ruano. El 25 de septiembre de 1945 ingresó en la Orden, en el convento de Medina del Campo, y cuatro años después tomó el hábito e hizo la Profesión simple en Segovia. Realizados los estudios de Filosofía en Ávila y de Teología en Alba de Tormes y Salamanca, hizo la Profesión Solemne en Alba de Tormes, el 19 de mayo de 1955, y se ordenó de Sacerdote en Salamanca el 20 de abril de 1957.

Ordenado Sacerdote fue enviado a Roma, donde hizo el curso de Espiritualidad. Terminado este curso volvió a la Provincia, ejerciendo su apostolado en diversos Conventos de la misma: Profesor, Maestro de estudiantes y Prior en Ávila (1960-1975); Primer Consejero de Ávila (1975-1978); Secretario Provincial (1967-1969); Primer Consejero de Alba de Tormes (1980-1987); Prior de Alba de Tormes (1987-1993). Durante su estancia en Alba fue también Profesor de B.U.P. y F.P. en el Colegio de Armenteros (1978-1988); finalmente, desde 1995, realizó su apostolado en Vigo, donde falleció el 30 de abril de 2014.

El día 1 de mayo, a las 4,30 de la tarde, como estaba previsto, se celebró el funeral de corpore insepulto, presidido por el Obispo de la Diócesis, D. Luis Quinteiro, en el que concelebraron carmelitas venidos de Ávila, Segovia, Madrid y Valladolid, así como el vicario de pastoral de la diócesis, el rector del seminario y muchos sacerdotes y religiosos de la ciudad de Vigo. En la homilía el Obispo destacó la labor de los religiosos en la ciudad, así como la dedicación del P. Custodio al confesonario y a la dirección espiritual. La Iglesia estaba llena de feligreses, conocidos del Padre y un coro musical acompañó la celebración de la Eucaristía. Al finalizar, se trasladó el cadáver al cementerio de Pereiró, donde descansa esperando la Resurrección.

4. DELEGACIONES

DELEGACIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL LITÚRGICA

Realizado el curso de formación para los Ministros Extraordinarios de la distribución de la Sagrada Comunión, que esta Delegación organizó junto con el Arciprestazgo de Vigo-Coia, según la petición de sus respectivos párrocos, el Sr. Obispo ha confiado este ministerio a las personas que a continuación se expresan:

Para la Parroquia de Nuestra Señora del Rocío (Vigo):

Dña. María Jesús Soto Isla
D. Eduardo Silva Novoa

Para la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen (Vigo):

Dña. Mercedes Pérez Villanueva
Dña. Teresa Álvarez Tejada
Dña. María del Rosario Gómez Pousa

Para la Parroquia del Perpetuo Socorro (Vigo):

Dña. Purificación González Gato

Para la Parroquia de María, Madre del Buen Pastor (Vigo):

D. Francisco Rocha Rodríguez

Para la Parroquia de Santiago de Bembrive (Vigo):

D. Abdón Comesaña Rodríguez
D. José Álvarez Sánchez
D. Jorge Luis García Oliveira

Para la Parroquia de Santa Eulalia de Mondariz :

D. Carlos Del Riego Alonso

13 de junio de 2014

5. VIDA DIOCESANA

AGENDA DIOCESANA

ABRIL

Día 1	Formación permanente del Clero
Día 3	Eucaristía Universitaria en Santiago de Vigo a las 20:30 horas
Día 5	Asamblea General de Cáritas. Retiro de profesores de religión. Festival Diocesano de la Canción Misionera
Día 6	Domingo de la Caridad.
Día 7	Jornada de formación de técnicos de Cáritas en Santiago de Compostela.
Día 11	Viacrucis por las calles organizado por la Pastoral de la Juventud
Día 13	Domingo de Ramos. Marcha Juvenil.
Día 14	Ágora.
Día 16	Misa Crismal en la Catedral de Tui..
Día 17	Jueves Santo.
Día 18	Viernes Santo. Viacrucis en la Guía de Vigo.
Día 19	Sábado Santo.
Día 20	Domingo de Pascua.
Día 23	Reunión diocesana de Pastoral de la Salud.
Día 25	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 26	Día del Monago en el Seminario Menor de Tui. Festival nacional de la Canción Misionera.

MAYO

Día 1 al 3	Ejercicios Espirituales del Apostolado Seglar y de la Pastoral Universitaria.
Día 4	Domingo de la Caridad
Día 9	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 10 y 11	Curso Regional de Pastoral de la Salud en Santa María de Oia. Jornada de Formación de la Confer en el Sagrado Corazón.
Día 11	Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Festival Regional de la Canción Misionera.
Día 12	Ágora.
Día 13	Jubileo Sacerdotal en Tui.
Día 17	Curso de Profundización Bíblica..
Día 19	Clausura del curso académico en Ágora.
Día 23	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 24	Encuentro-convivencia pascual de la Confer.
Día 25	Día del Enfermo.
Día 26	Clausura del Curso Bíblico..
Día 31	Asamblea Diocesana de catequistas.

JUNIO

Día 1	Domingo de la Caridad. Jornada de los Medios de Comunicación Social.
Día 2 al 8	Semana de Apostolado Seglar.
Día 5	Eucaristía clausura del curso de la Pastoral Universitaria.
Día 7	Encuentro de Voluntarios de Cáritas de Galicia. Vigilia Diocesana de Pentecostés.
Día 8	Jornada de Apostolado Seglar y Acción Católica.
Día 12	Jornada de Oración por los sacerdotes. Convivencia Sacerdotal en Santa María de Oia.
Día 13	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny. Celebración de fin de Curso de la Delegación de Misiones.
Día 14	Reunión de Directores y delegados de Cáritas de Galicia en Santiago de Compostela.
Día 15	Jornada Pro Orantibus.
Día 18	Conferencia de Cáritas sobre el día de la Caridad.
Día 19	Día de la Caridad.
Día 27	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny. Pastoral Juvenil: Luz en la Noche. Adoración Sacerdotal del Santísimo
Día 27 al 29	Asamblea Genral de Cáritas Española en San Lorenzo del Escorial.

IGLESIA EN GALICIA

- 1.1 Comunicado de la Reunión Ordinaria de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago

COMUNICADO DE LA REUNIÓN ORDINARIA DE LOS OBISPOS DE LA PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE SANTIAGO

Ha tenido lugar en Santiago de Compostela, el 23 de junio, la Reunión Ordinaria de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago, que comprende las Diócesis de Santiago de Compostela, Tuy-Vigo, Mondoñedo-Ferrol, Lugo, y Ourense.

Es una reunión en la que se tratan temas relacionados con la pastoral en las diócesis y que, o bien por su carácter interdiocesano o bien por armonizar la pastoral entre las diócesis de la misma Provincia, son abordados de manera conjunta. De entre todos los asuntos abordados, los obispos han priorizado tres: la Enseñanza Religiosa Escolar, las repercusiones pastorales de la nueva Ley del Parlamento de Galicia sobre “la igualdad de trato y la no discriminación de lesbianas, gays, transexuales, bisexuales e intersexuales”, y la Pastoral de la Iniciación cristiana.

Enseñanza Religiosa Escolar

Los obispos han tratado sobre la compleja situación en la que se encuentra la asignatura de religión. Aunque valoran positivamente algunas medidas, como la regulación de una alternativa real a la asignatura y su correcta evaluación, y la ayuda en la formación del Profesorado de Religión, consideran preocupante el anuncio de la propuesta por parte de la Consellería de reducir en dos horas el horario de las clases de Religión en Primaria.

Los obispos esperan, del gobierno de la Xunta de Galicia, el mantenimiento del actual horario de la asignatura de religión y animan a profesores, padres y a todo el pueblo cristiano a que apoyen y defiendan, en el marco del estado social y democrático de derecho, la impartición de esta asignatura en nuestro sistema educativo. Quieren así recordar que no hay que infravalorar sino resaltar la importancia de las clases de religión como educación integral de la persona.

Ley por la igualdad de trato y la no discriminación de lesbianas, gays, transexuales, bisexuales e intersexuales en Galicia

Como segundo asunto, los obispos han analizado la ley que fue aprobada por el Parlamento de Galicia el pasado 14 de abril, que lleva por título: “Por la igualdad de trato y la no discriminación de lesbianas, gays, transexuales, bisexuales e intersexuales en Galicia”, teniendo como referente la doctrina de la Iglesia.

A este respecto, se dará a conocer, entre otras iniciativas, un programa de información dirigido a los católicos y a cuantos quieran acoger las orientaciones ofrecidas con motivo de la aprobación de esa Ley y su desarrollo.

Pastoral de la Iniciación cristiana

Al tema de la Iniciación cristiana se dedicó también un espacio de reflexión común. Los obispos son conscientes de la situación provocada por el cambio cultural y por la diversidad de realidades que se presentan en la Pastoral de la Iniciación cristiana y han proyectado las bases para seguir reflexionando sobre esta problemática en la reunión ordinaria de la Provincia eclesiástica que tendrá lugar el próximo mes de julio.

Obispos participantes

En la reunión de la Provincia Eclesiástica de Santiago, que se ha celebrado presidida por el arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Julián Barrio Barrio, han participado también los obispos de Tuy-Vigo, mons. Luis Quinteiro Fiuza; Mondoñedo-Ferrol, mons. Manuel Sánchez Monge; Lugo, mons. Alfonso Carrasco Rouco; Ourense, mons. José Leonardo Lemos Montanet; y, finalmente, mons. Jesús Fernández González, obispo auxiliar de Santiago de Compostela. Igualmente, participa en la reunión el Secretario de la Provincia Eclesiástica, D. José Andrés Fernández Farto.

- + D. Julián Barrio Barrio
- + D. Luis Quinteiro Fiuza
- + D. Manuel Sánchez Monge
- + D. Alfonso Carrasco Rouco
- + D. José Leonardo Lemos Montanet
- + D. Jesús Fernández González.

IGLESIA UNIVERSAL



1. DEL SANTO PADRE

1.1 Audiencias Generales

1.2 Discursos

- *Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en el encuentro de las obras misionales pontificias*
- *Celebración ecuménica con ocasión del 50 aniversario del encuentro en Jerusalén entre el Papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras*
- *Encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas*
- *Rueda de prensa del Santo Padre Francisco en el vuelo de regreso de Tierra Santa*
- *Palabras del Santo Padre Francisco*

1.3 Homilías

- *Celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor*
- *Santa Misa Crismal*
- *Celebración de la Vigilia Pascual*
- *Misa de acción de gracias por la canonización de San José de Anchieta, sacerdote de la Compañía de Jesús*
- *Santa Misa y canonización de los beatos Juan XXIII y Juan Pablo II*
- *Santa Misa con ordenaciones presbiterales*
- *Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés*
- *Santa Misa en la solemnidad del Corpus Christi*
- *Santa Misa e imposición del Palio a los nuevos metropolitanos*

1. DEL SANTO PADRE

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles 2 de abril de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy concluimos el ciclo de catequesis sobre los sacramentos hablando del matrimonio. Este sacramento nos conduce al corazón del designio de Dios, que es un designio de alianza con su pueblo, con todos nosotros, un designio de comunión. Al inicio del libro del Génesis, el primer libro de la Biblia, como coronación del relato de la creación se dice: «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó... Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (*Gn1, 27; 2, 24*). La imagen de Dios es la pareja matrimonial: el hombre y la mujer; no sólo el hombre, no sólo la mujer, sino los dos. Esta es la imagen de Dios: el amor, la alianza de Dios con nosotros está representada en esa alianza entre el hombre y la mujer. Y esto es hermoso. Somos creados para amar, como reflejo de Dios y de su amor. Y en la unión conyugal el hombre y la mujer realizan esta vocación en el signo de la reciprocidad y de la comunión de vida plena y definitiva.

Cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se «refleja» en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia. La Biblia usa una expresión fuerte y dice «una sola carne», tan íntima es la unión entre el hombre y la mujer en el matrimonio. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: el amor de Dios que se refleja en la pareja que decide vivir juntos. Por esto el hombre deja su casa, la casa de sus padres y va a vivir con su mujer y se une tan fuertemente a ella que los dos se convierten —dice la Biblia— en una sola carne.

San Pablo, en la Carta a los Efesios, pone de relieve que en los esposos cristianos se refleja un misterio grande: la relación instaurada por Cristo con la Iglesia, una relación nupcial (cf. *Ef5, 21-33*). La Iglesia es la esposa de Cristo. Esta es la relación. Esto significa que el matrimonio responde a una vocación

específica y debe considerarse como una consagración (cf. *Gaudium et spes*, 48; *Familiaris consortio*, 56). Es una consagración: el hombre y la mujer son consagrados en su amor. Los esposos, en efecto, en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella, en la fidelidad y en el servicio.

Es verdaderamente un designio estupendo lo que es connatural en el sacramento del matrimonio. Y se realiza en la sencillez y también en la fragilidad de la condición humana. Sabemos bien cuántas dificultades y pruebas tiene la vida de dos esposos... Lo importante es mantener viva la relación con Dios, que es el fundamento del vínculo conyugal. Y la relación auténtica es siempre con el Señor. Cuando la familia reza, el vínculo se mantiene. Cuando el esposo reza por la esposa y la esposa reza por el esposo, ese vínculo llega a ser fuerte; uno reza por el otro. Es verdad que en la vida matrimonial hay muchas dificultades, muchas; que el trabajo, que el dinero no es suficiente, que los niños tienen problemas. Muchas dificultades. Y muchas veces el marido y la mujer llegan a estar un poco nerviosos y riñen entre ellos. Pelean, es así, siempre se pelea en el matrimonio, algunas veces vuelan los platos. Pero no debemos ponernos tristes por esto, la condición humana es así. Y el secreto es que el amor es más fuerte que el momento en que se riñe, por ello aconsejo siempre a los esposos: no terminar la jornada en la que habéis peleado sin hacer las paces. ¡Siempre! Y para hacer las paces no es necesario llamar a las Naciones Unidas a que vengan a casa a hacer las paces. Es suficiente un pequeño gesto, una caricia, y adiós. Y ¡hasta mañana! Y mañana se comienza otra vez. Esta es la vida, llevarla adelante así, llevarla adelante con el valor de querer vivirla juntos. Y esto es grande, es hermoso. La vida matrimonial es algo hermoso y debemos custodiarla siempre, custodiar a los hijos. Otras veces he dicho en esta plaza una cosa que ayuda mucho en la vida matrimonial. Son tres palabras que se deben decir siempre, tres palabras que deben estar en la casa: permiso, gracias y perdón. Las tres palabras mágicas. *Permiso*: para no ser entrometido en la vida del cónyuge. Permiso, ¿qué te parece? Permiso, ¿puedo? Gracias: dar las gracias al cónyuge; gracias por lo que has hecho por mí, gracias por esto. Esa belleza de dar las gracias. Y como todos nosotros nos equivocamos, esa otra palabra que es un poco difícil de pronunciar, pero que es necesario decir-la: Perdone. Permiso, gracias y perdón. Con estas tres palabras, con la oración del esposo por la esposa y viceversa, con hacer las paces siempre antes de que termine la jornada, el matrimonio irá adelante. Las tres palabras mágicas, la oración y hacer las paces siempre. Que el Señor os bendiga y rezad por mí.

Miércoles 9 de abril de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Iniciamos hoy un ciclo de catequesis sobre los *dones del Espíritu Santo*. Vosotros sabéis que el Espíritu Santo constituye el alma, la savia vital de la Iglesia y de cada cristiano: es el Amor de Dios que hace de nuestro corazón su morada y entra en comunión con nosotros. El Espíritu Santo está siempre con nosotros, siempre está en nosotros, en nuestro corazón.

El Espíritu mismo es «el don de Dios» por excelencia (cf. *Jn* 4, 10), es un regalo de Dios, y, a su vez, comunica diversos dones espirituales a quien lo acoge. La Iglesia enumera siete, número que simbólicamente significa *plenitud, totalidad*; son los que se aprenden cuando uno se prepara al sacramento de la Confirmación y que invocamos en la antigua oración llamada «Secuencia del Espíritu Santo». Los dones del Espíritu Santo son: *sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios*.

El primer don del Espíritu Santo, según esta lista, es, por lo tanto, *la sabiduría*. Pero no se trata sencillamente de la sabiduría humana, que es fruto del conocimiento y de la experiencia. En la Biblia se cuenta que a Salomón, en el momento de su coronación como rey de Israel, había pedido el don de la sabiduría (cf. *1 Re* 3, 9). Y la sabiduría es precisamente esto: es la gracia de poder *ver cada cosa con los ojos de Dios*. Es sencillamente esto: es ver el mundo, ver las situaciones, las ocasiones, los problemas, todo, con los ojos de Dios. Esta es la sabiduría. Algunas veces vemos las cosas según nuestro gusto o según la situación de nuestro corazón, con amor o con odio, con envidia... No, esto no es el ojo de Dios. La sabiduría es lo que obra el Espíritu Santo en nosotros a fin de que veamos todas las cosas con los ojos de Dios. Este es el don de la sabiduría.

Y obviamente esto deriva de la *intimidad con Dios*, de la relación íntima que nosotros tenemos con Dios, de la relación de hijos con el Padre. Y el Espíritu Santo, cuando tenemos esta relación, nos da el don de la sabiduría. Cuando estamos en comunión con el Señor, el Espíritu Santo es como si transfigurara nuestro corazón y le hiciera percibir todo su calor y su predilección.

El Espíritu Santo, entonces, hace «sabio» al cristiano. Esto, sin embargo, no en el sentido de que tiene una respuesta para cada cosa, que lo sabe todo, sino en el sentido de que «*sabe de Dios*», sabe cómo actúa Dios, conoce cuándo una cosa

es de Dios y cuándo no es de Dios; tiene esta sabiduría que Dios da a nuestro corazón. El corazón del hombre sabio en este sentido tiene *el gusto y el sabor de Dios*. ¡Y cuán importante es que en nuestras comunidades haya cristianos así! Todo en ellos habla de Dios y se convierte en un signo hermoso y vivo de su presencia y de su amor. Y esto es algo que no podemos improvisar, que no podemos conseguir por nosotros mismos: es un don que Dios da a quienes son dóciles al Espíritu Santo. Dentro de nosotros, en nuestro corazón, tenemos al Espíritu Santo; podemos escucharlo, podemos no escucharlo. Si escuchamos al Espíritu Santo, Él nos enseña esta senda de la sabiduría, nos regala la sabiduría que consiste en ver con los ojos de Dios, escuchar con los oídos de Dios, amar con el corazón de Dios, juzgar las cosas con el juicio de Dios. Esta es la sabiduría que nos regala el Espíritu Santo, y todos nosotros podemos poseerla. Sólo tenemos que pedirla al Espíritu Santo.

Pensad en una mamá, en su casa, con los niños, que cuando uno hace una cosa el otro maquina otra, y la pobre mamá va de una parte a otra, con los problemas de los niños. Y cuando las madres se cansan y gritan a los niños, ¿eso es sabiduría? Gritar a los niños —os pregunto— ¿es sabiduría? ¿Qué decís vosotros: es sabiduría o no? ¡No! En cambio, cuando la mamá toma al niño y le riñe dulcemente y le dice: «Esto no se hace, por esto...», y le explica con mucha paciencia, ¿esto es sabiduría de Dios? ¡Sí! Es lo que nos da el Espíritu Santo en la vida. Luego, en el matrimonio, por ejemplo, los dos esposos —el esposo y la esposa— riñen, y luego no se miran o, si se miran, se miran con la cara torcida: ¿esto es sabiduría de Dios? ¡No! En cambio, si dice: «Bah, pasó la tormenta, hagamos las paces», y recomienzan a ir hacia adelante en paz: ¿esto es sabiduría? [la gente: ¡Sí!] He aquí, este es el don de la sabiduría. Que venga a casa, que venga con los niños, que venga con todos nosotros.

Y esto no se aprende: esto es un regalo del Espíritu Santo. Por ello, debemos pedir al Señor que nos dé el Espíritu Santo y que nos dé el don de la *sabiduría*, de esa *sabiduría de Dios* que nos enseña a mirar con los ojos de Dios, a sentir con el corazón de Dios, a hablar con las palabras de Dios. Y así, con esta sabiduría, sigamos adelante, construyamos la familia, construyamos la Iglesia, y todos nos santificamos. Pidamos hoy la gracia de la sabiduría. Y pidámosla a la Virgen, que es la Sede de la sabiduría, de este don: que Ella nos alcance esta gracia. ¡Gracias!

Miércoles 16 de abril de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, a mitad de la Semana Santa, la liturgia nos presenta un episodio triste: el relato de la traición de Judas, que se dirige a los jefes del Sanedrín para comerciar y entregarles a su Maestro. «¿Cuánto me dais si yo os lo entrego?». Jesús en ese momento tiene un precio. Este hecho dramático marca el inicio de la Pasión de Cristo, un itinerario doloroso que Él elige con absoluta libertad. Lo dice claramente Él mismo: «Yo entrego mi vida... Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla» (Jn 10, 17-18). Y así, con esta traición, comienza el camino de la humillación, del despojamiento de Jesús. Como si estuviese en el mercado: esto cuesta treinta denarios... Una vez iniciada la senda de la humillación y del despojamiento, Jesús la recorre hasta el final.

Jesús alcanza la completa humillación con la «muerte de cruz». Se trata de la peor muerte, la que se reservaba a los esclavos y a los delincuentes. Jesús era considerado un profeta, pero muere como un delincuente. Contemplando a Jesús en su pasión, vemos como en un espejo los sufrimientos de la humanidad y encontramos la respuesta divina al misterio del mal, del dolor, de la muerte. Muchas veces sentimos horror por el mal y el dolor que nos rodea y nos preguntamos: «¿Por qué Dios lo permite?». Es una profunda herida para nosotros ver el sufrimiento y la muerte, especialmente de los inocentes. Cuando vemos sufrir a los niños se nos hace una herida en el corazón: es el misterio del mal. Y Jesús carga sobre sí todo este mal, todo este sufrimiento. Esta semana nos hará bien a todos nosotros mirar el crucifijo, besar las llagas de Jesús, besarlas en el crucifijo. Él cargó sobre sí todo el sufrimiento humano, se revistió con este sufrimiento.

Nosotros esperamos que Dios en su omnipotencia derrote la injusticia, el mal, el pecado y el sufrimiento con una victoria divina triunfante. Dios, en cambio, nos muestra una victoria humilde que humanamente parece un fracaso. Podemos decir que Dios vence en el fracaso. El Hijo de Dios, en efecto, se ve en la cruz como un hombre derrotado: sufre, es traicionado, es insultado y, por último, muere. Pero Jesús permite que el mal se ensañe con Él y lo carga sobre sí para vencerlo. Su pasión no es un accidente; su muerte —esa muerte— estaba «escrita». En verdad, no encontramos muchas explicaciones. Se trata de un misterio desconcertante, el misterio de la gran humildad de Dios: «Tanto amó Dios al

mundo, que entregó a su Unigénito» (Jn 3, 16). Esta semana pensemos mucho en el dolor de Jesús y digamos a nosotros mismos: esto es por mí. Incluso si yo hubiese sido la única persona en el mundo, Él lo habría hecho. Lo hizo por mí. Besemos el crucifijo y digamos: por mí, gracias Jesús, por mí.

Cuando todo parece perdido, cuando ya no queda nadie porque herirán «al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño» (Mt 26, 31), es entonces cuando Dios interviene con el poder de la resurrección. La resurrección de Jesús no es el final feliz de una hermoso cuento, no es el *happy end* de una película; sino la intervención de Dios Padre allí donde se rompe la esperanza humana. En el momento en el que todo parece perdido, en el momento del dolor, en el que muchas personas sienten la necesidad de bajar de la cruz, es el momento más cercano a la resurrección. La noche se hace más oscura precisamente antes de que comience la luz. En el momento más oscuro interviene Dios y resucita.

Jesús, que eligió pasar por esta senda, nos llama a seguirlo por su mismo camino de humillación. Cuando en ciertos momentos de la vida no encontramos algún camino de salida para nuestras dificultades, cuando precipitamos en la oscuridad más densa, es el momento de nuestra humillación y despojo total, la hora en la que experimentamos que somos frágiles y pecadores. Es precisamente entonces, en ese momento, que no debemos ocultar nuestro fracaso, sino abrirnos confiados a la esperanza en Dios, como hizo Jesús. Queridos hermanos y hermanas, en esta semana nos hará bien tomar el crucifijo en la mano y besarlo mucho, mucho, y decir: gracias Jesús, gracias Señor. Que así sea.

Miércoles 23 de abril de 2014

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Esta semana es la semana de la alegría: celebramos la Resurrección de Jesús. Es una alegría auténtica, profunda, basada en la certeza que Cristo resucitado ya no muere más, sino que está vivo y operante en la Iglesia y en el mundo. Tal certeza habita en el corazón de los creyentes desde esa mañana de Pascua, cuando las mujeres fueron al sepulcro de Jesús y los ángeles les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Estas palabras son como una piedra miliar en la historia; pero también una «piedra de tropiezo», si no nos abrimos a la Buena Noticia, si pensamos que da menos fastidio un Jesús muerto que un Jesús vivo. En cambio, cuántas veces, en nuestro camino cotidiano, necesitamos que nos digan: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Cuántas veces buscamos la vida entre las cosas muertas, entre las cosas que no pueden dar vida, entre las cosas que hoy están y mañana ya no estarán, las cosas que pasan... «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?».

Lo necesitamos cuando nos encerramos en cualquier forma de egoísmo o de auto-complacencia; cuando nos dejamos seducir por los poderes terrenos y por las cosas de este mundo, olvidando a Dios y al prójimo; cuando ponemos nuestras esperanzas en vanidades mundanas, en el dinero, en el éxito. Entonces la Palabra de Dios nos dice: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». ¿Por qué lo estás buscando allí? Eso no te puede dar vida. Sí, tal vez te dará una alegría de un minuto, de un día, de una semana, de un mes... ¿y luego? «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Esta frase debe entrar en el corazón y debemos repetirla. ¿La repetimos juntos tres veces? ¿Hacemos el esfuerzo? Todos: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» [repite con los fieles]. Hoy, cuando volvamos a casa, digámosla desde el corazón, en silencio, y hagámonos esta pregunta: ¿por qué yo en la vida busco entre los muertos a aquél que vive? Nos hará bien.

No es fácil estar abiertos a Jesús. No se da por descontado aceptar la vida del Resucitado y su presencia en medio de nosotros. El Evangelio nos hace ver diversas reacciones: la del apóstol Tomás, la de María Magdalena y la de los dos discí-

pulos de Emaús: nos hace bien confrontarnos con ellos. Tomás pone una condición a la fe, pide tocar la evidencia, las llagas; María Magdalena llora, lo ve pero no lo reconoce, se da cuenta de que es Jesús sólo cuando Él la llama por su nombre; los discípulos de Emaús, deprimidos y con sentimientos de fracaso, llegan al encuentro con Jesús dejándose acompañar por ese misterioso caminante. Cada uno por caminos distintos. Buscaban entre los muertos al que vive y fue el Señor mismo quien corrigió la ruta. Y yo, ¿qué hago? ¿Qué ruta sigo para encontrar a Cristo vivo? Él estará siempre cerca de nosotros para corregir la ruta si nos equivocamos.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). Esta pregunta nos hace superar la tentación de mirar hacia atrás, a lo que pasó ayer, y nos impulsa hacia adelante, hacia el futuro. Jesús no está en el sepulcro, es el Resucitado. Él es el Viviente, Aquel que siempre renueva su cuerpo que es la Iglesia y le hace caminar atrayéndolo hacia Él. «Ayer» era la tumba de Jesús y la tumba de la Iglesia, el sepulcro de la verdad y de la justicia; «hoy» es la resurrección perenne hacia la que nos impulsa el Espíritu Santo, donándonos la plena libertad.

Hoy se dirige también a nosotros este interrogativo. Tú, ¿por qué buscas entre los muertos al que vive, tú que te cierras en ti mismo después de un fracaso y tú que no tienes ya la fuerza para rezar? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que te sientes solo, abandonado por los amigos o tal vez también por Dios? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que has perdido la esperanza y tú que te sientes encarcelado por tus pecados? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que aspiras a la belleza, a la perfección espiritual, a la justicia, a la paz?

Tenemos necesidad de escuchar y recordarnos recíprocamente la pregunta del ángel. Esta pregunta, «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?», nos ayuda a salir de nuestros espacios de tristeza y nos abre a los horizontes de la alegría y de la esperanza. Esa esperanza que mueve las piedras de los sepulcros y alienta a anunciar la Buena Noticia, capaz de generar vida nueva para los demás. Repitamos esta frase del ángel para tenerla en el corazón y en la memoria y luego cada uno responda en silencio: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». ¡Repitámosla! [repite con la multitud]. Mirad hermanos y hermanas, Él está vivo, está con nosotros. No vayamos a los numerosos sepulcros que hoy te prometen algo, belleza, y luego no te dan nada. ¡Él está vivo! ¡No busquemos entre los muertos al que vive! Gracias.

Miércoles 30 de abril de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

En esta catequesis hablo del don de entendimiento. No se trata de una cualidad intelectual natural, sino de una gracia que el Espíritu Santo infunde en nosotros y que nos hace capaces de escrutar el pensamiento de Dios y su plan de salvación. San Pablo dice que, por medio del Espíritu Santo, Dios nos revela lo que ha preparado para los que le aman. ¿Qué significa esto? No es que uno tenga pleno conocimiento de Dios, pero sí que el Espíritu nos va introduciendo en su intimidad, haciéndonos partícipes del designio de amor con el que teje nuestra historia. En perfecta unión con la virtud de la fe, el entendimiento nos permite comprender cada vez más las palabras y acciones del Señor y percibir todas las cosas como un don de su amor para nuestra salvación. Como Jesús a los discípulos de Emaús, el Espíritu Santo, con este don, abre nuestros ojos, incapaces por sí solos de reconocerlo, dando de este modo una nueva luz de esperanza a nuestra existencia.

Miércoles 7 de mayo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hemos escuchado en la lectura del pasaje del libro de los Salmos que dice: «El Señor me aconseja, hasta de noche me instruye internamente» (cf. *Sal* 16, 7). Y este es otro don del Espíritu Santo: el don de *consejo*. Sabemos cuán importante es, en los momentos más delicados, poder contar con las sugerencias de personas sabias y que nos quieren. Ahora, a través del don de consejo, es Dios mismo, con su Espíritu, quien ilumina nuestro corazón, de tal forma que nos hace comprender el modo justo de hablar y de comportarse; y el camino a seguir. ¿Pero cómo actúa este don en nosotros?

En el momento en el que lo acogemos y lo albergamos en nuestro corazón, el Espíritu Santo comienza inmediatamente a hacernos sensibles a su voz y a orientar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras intenciones según el corazón de Dios. Al mismo tiempo, nos conduce cada vez más a dirigir nuestra mirada interior hacia Jesús, como modelo de nuestro modo de actuar y de relacionarnos con Dios Padre y con los hermanos. El consejo, pues, es el don con el cual el Espíritu Santo *capacita a nuestra conciencia para hacer una opción concreta en comunión con Dios*, según la lógica de Jesús y de su Evangelio. De este modo, el Espíritu nos hace crecer interiormente, nos hace crecer positivamente, nos hace crecer en la comunidad y nos ayuda a no caer en manos del egoísmo y del propio modo de ver las cosas. Así el Espíritu nos ayuda a crecer y también a vivir en comunidad. La condición esencial para conservar este don es la oración. Volvemos siempre al mismo tema: ¡la oración! Es muy importante la oración. Rezar con las oraciones que todos sabemos desde que éramos niños, pero también rezar con nuestras palabras. Decir al Señor: «Señor, ayúdame, aconséjame, ¿qué debo hacer ahora?». Y con la oración hacemos espacio, a fin de que el Espíritu venga y nos ayude en ese momento, nos aconseje sobre lo que todos debemos hacer. ¡La oración! Jamás olvidar la oración. ¡Jamás! Nadie, nadie, se da cuenta cuando rezamos en el autobús, por la calle: rezamos en silencio con el corazón. Aprovechamos esos momentos para rezar, orar para que el Espíritu nos dé el don de consejo.

En la intimidad con Dios y en la escucha de su Palabra, poco a poco, dejamos a un lado nuestra lógica personal, impuesta la mayoría de las veces por nuestras cerrazones, nuestros prejuicios y nuestras ambiciones, y aprendemos, en cambio, a preguntar al Señor: ¿cuál es tu deseo?, ¿cuál es tu voluntad?, ¿qué te gusta a ti? De este modo madura en nosotros una *sintonía profunda*, casi connatural en

el Espíritu y se experimenta cuán verdaderas son las palabras de Jesús que nos presenta el Evangelio de Mateo: «No os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros» (Mt 10, 19-20). Es el Espíritu quien nos aconseja, pero nosotros debemos dejar espacio al Espíritu, para que nos pueda aconsejar. Y dejar espacio es rezar, rezar para que Él venga y nos ayude siempre.

Como todos los demás dones del Espíritu, también el de consejo constituye un tesoro *para toda la comunidad cristiana*. El Señor no nos habla sólo en la intimidad del corazón, nos habla sí, pero no sólo allí, sino que nos habla también a través de la voz y el testimonio de los hermanos. Es verdaderamente un don grande poder encontrar hombres y mujeres de fe que, sobre todo en los momentos más complicados e importantes de nuestra vida, nos ayudan a iluminar nuestro corazón y a reconocer la voluntad del Señor.

Recuerdo una vez en el santuario de Luján, yo estaba en el confesonario, delante del cual había una larga fila. Había también un muchacho todo moderno, con los aretes, los tatuajes, todas estas cosas... Y vino para decirme lo que le sucedía. Era un problema grande, difícil. Y me dijo: yo le he contado todo esto a mi mamá, y mi mamá me ha dicho: dirígete a la Virgen y ella te dirá lo que debes hacer. He aquí a una mujer que tenía el don de consejo. No sabía cómo salir del problema del hijo, pero indicó el camino justo: dirígete a la Virgen y ella te dirá. Esto es el don de consejo. Esa mujer humilde, sencilla, dio a su hijo el consejo más verdadero. En efecto, este muchacho me dijo: he mirado a la Virgen y he sentido que tengo que hacer esto, esto y esto... Yo no tuve que hablar, ya lo habían dicho todo su mamá y el muchacho mismo. Esto es el don de consejo. Vosotras, mamás, que tenéis este don, pedidlo para vuestros hijos: el don de aconsejar a los hijos es un don de Dios.

Queridos amigos, el Salmo 16, que hemos escuchado, nos invita a rezar con estas palabras: «Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con Él a mi derecha no vacilaré» (vv. 7-8). Que el Espíritu infunda siempre en nuestro corazón esta certeza y nos colme de su consolación y de su paz. Pedid siempre el don de consejo.

Miércoles 14 de mayo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En las catequesis precedentes hemos reflexionado sobre los tres primeros dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia y consejo. Hoy pensemos en lo que hace el Señor: Él viene siempre a *sostenernos en nuestra debilidad* y esto lo hace con un don especial: el don de fortaleza.

Hay una parábola, relatada por Jesús, que nos ayuda a captar la importancia de este don. Un *sembrador* salió a sembrar; sin embargo, no toda la semilla que esparció dio fruto. Lo que cayó al borde del camino se lo comieron los pájaros; lo que cayó en terreno pedregoso o entre abrojos brotó, pero inmediatamente lo abrasó el sol o lo ahogaron las espinas. Sólo lo que cayó en terreno bueno creció y dio fruto (cf. *Mc* 4, 3-9; *Mt* 13, 3-9; *Lc* 8, 4-8). Como Jesús mismo explica a sus discípulos, este sembrador representa al Padre, que esparce abundantemente la semilla de su Palabra. La semilla, sin embargo, se encuentra a menudo con la aridez de nuestro corazón, e incluso cuando es acogida corre el riesgo de permanecer estéril. Con el don de fortaleza, en cambio, el Espíritu Santo *libera el terreno de nuestro corazón*, lo libera de la tibieza, de las incertidumbres y de todos los temores que pueden frenarlo, de modo que la Palabra del Señor se ponga en práctica, de manera auténtica y gozosa. Es una gran ayuda este don de fortaleza, nos da fuerza y nos libera también de muchos impedimentos.

Hay también *momentos difíciles y situaciones extremas* en las que el don de fortaleza se manifiesta de modo extraordinario, ejemplar. Es el caso de quienes deben afrontar experiencias particularmente duras y dolorosas, que revolucionan su vida y la de sus seres queridos. La Iglesia resplandece por el testimonio de numerosos *hermanos y hermanas que no dudaron en entregar la propia vida*, con tal de permanecer fieles al Señor y a su Evangelio. También hoy no faltan cristianos que en muchas partes del mundo siguen celebrando y testimoniando su fe, con profunda convicción y serenidad, y resisten incluso cuando saben que ello puede comportar un precio muy alto. También nosotros, todos nosotros, conocemos gente que ha vivido situaciones difíciles, numerosos dolores. Pero, pensemos en esos hombres, en esas mujeres que tienen una vida difícil, que luchan por sacar adelante la familia, educar a los hijos: hacen todo esto porque está el espíritu de fortaleza que les ayuda. Cuántos hombres y mujeres —nosotros no conocemos sus nombres— que honran

a nuestro pueblo, honran a nuestra Iglesia, porque son fuertes: fuertes al llevar adelante su vida, su familia, su trabajo, su fe. Estos hermanos y hermanas nuestros son santos, santos en la cotidianidad, santos ocultos en medio de nosotros: tienen el don de fortaleza para llevar adelante su deber de personas, de padres, de madres, de hermanos, de hermanas, de ciudadanos. ¡Son muchos! Demos gracias al Señor por estos cristianos que viven una santidad oculta: es el Espíritu Santo que tienen dentro quien les conduce. Y nos hará bien pensar en esta gente: si ellos hacen todo esto, si ellos pueden hacerlo, ¿por qué yo no? Y nos hará bien también pedir al Señor que nos dé el don de fortaleza.

No hay que pensar que el don de fortaleza es necesario sólo en algunas ocasiones o situaciones especiales. Este don debe constituir la nota de fondo de nuestro ser cristianos, en el *ritmo ordinario de nuestra vida cotidiana*. Como he dicho, todos los días de la vida cotidiana debemos ser fuertes, necesitamos esta fortaleza para llevar adelante nuestra vida, nuestra familia, nuestra fe. El apóstol Pablo dijo una frase que nos hará bien escuchar: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (*Flp* 4, 13). Cuando afrontamos la vida ordinaria, cuando llegan las dificultades, recordemos esto: «Todo lo puedo en Aquel que me da la fuerza». El Señor da la fuerza, siempre, no permite que nos falte. El Señor no nos prueba más de lo que nosotros podemos tolerar. Él está siempre con nosotros. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».

Queridos amigos, a veces podemos ser tentados de dejarnos llevar por la pereza o, peor aún, por el desaliento, sobre todo ante las fatigas y las pruebas de la vida. En estos casos, no nos desanimemos, invoquemos al Espíritu Santo, para que con el don de fortaleza dirija nuestro corazón y comunique nueva fuerza y entusiasmo a nuestra vida y a nuestro seguimiento de Jesús.

Miércoles 21 de mayo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera poner de relieve otro don del Espíritu Santo: el don de *ciencia*. Cuando se habla de ciencia, el pensamiento se dirige inmediatamente a la capacidad del hombre de conocer cada vez mejor la realidad que lo rodea y descubrir las leyes que rigen la naturaleza y el universo. La ciencia que viene del Espíritu Santo, sin embargo, no se limita al conocimiento humano: es un don especial, que nos lleva a captar, a través de la creación, la grandeza y el amor de Dios y su relación profunda con cada creatura.

Cuando nuestros ojos son iluminados por el Espíritu, se abren a la contemplación de Dios, en la belleza de la naturaleza y la grandiosidad del cosmos, y nos llevan a *descubrir cómo cada cosa nos habla de Él y de su amor*. Todo esto suscita en nosotros gran estupor y un profundo sentido de gratitud. Es la sensación que experimentamos también cuando admiramos una obra de arte o cualquier maravilla que es fruto del ingenio y de la creatividad del hombre: ante todo esto el Espíritu nos conduce a alabar al Señor desde lo profundo de nuestro corazón y a reconocer, en todo lo que tenemos y somos, un don inestimable de Dios y un signo de su infinito amor por nosotros.

En el primer capítulo del Génesis, precisamente al inicio de toda la Biblia, se pone de relieve que Dios se complace de su creación, subrayando repetidamente la belleza y la bondad de cada cosa. Al término de cada jornada, está escrito: «Y vio Dios que era bueno» (1, 12.18.21.25): si Dios ve que la creación es una cosa buena, es algo hermoso, también nosotros debemos asumir esta actitud y ver que la creación es algo bueno y hermoso. He aquí el don de ciencia que nos hace ver esta belleza; por lo tanto, alabemos a Dios, démosle gracias por habernos dado tanta belleza. Y cuando Dios terminó de crear al hombre no dijo «vio que era bueno», sino que dijo que era «muy bueno» (v. 31). A los ojos de Dios nosotros somos la cosa más hermosa, más grande, más buena de la creación: incluso los ángeles están por debajo de nosotros, somos más que los ángeles, como hemos escuchado en el libro de los Salmos. El Señor nos quiere mucho. Debemos darle gracias por esto. El don de ciencia nos coloca en profunda *sintonía con el Creador* y nos hace participar en la limpidez de su mirada y de su juicio. Y en esta perspectiva logramos ver en el hombre y en la mujer el vértice de la creación, como realización de un diseño de amor que está impreso en cada uno de nosotros y que hace que nos reconozcamos como hermanos y hermanas.

Todo esto es motivo de serenidad y de paz, y hace del cristiano un testigo gozoso de Dios, siguiendo las huellas de san Francisco de Asís y de muchos santos que supieron alabar y cantar su amor a través de la contemplación de la creación. Al mismo tiempo, el don de ciencia nos ayuda a no caer en algunas actitudes excesivas o equivocadas. La primera la constituye el riesgo de considerarnos dueños de la creación. La creación no es una propiedad, de la cual podemos disponer a nuestro gusto; ni, mucho menos, es una propiedad sólo de algunos, de pocos: la creación es un don, es un don maravilloso que Dios nos ha dado para que *cuidemos de él y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre con gran respeto y gratitud*. La segunda actitud errónea está representada por la tentación de detenernos en las creaturas, como si éstas pudiesen dar respuesta a todas nuestras expectativas. Con el don de ciencia, el Espíritu nos ayuda a no caer en este error.

Pero quisiera volver a la primera vía equivocada: disponer de la creación en lugar de custodiarla. Debemos custodiar la creación porque es un don que el Señor nos ha dado, es el regalo de Dios a nosotros; nosotros somos custodios de la creación. Cuando explotamos la creación, destruimos el signo del amor de Dios. Destruir la creación es decir a Dios: «no me gusta». Y esto no es bueno: he aquí el pecado.

El cuidado de la creación es precisamente la custodia del don de Dios y es decir a Dios: «Gracias, yo soy el custodio de la creación para hacerla progresar, jamás para destruir tu don». Esta debe ser nuestra actitud respecto a la creación: custodiarla, porque si nosotros destruimos la creación, la creación nos destruirá. No olvidéis esto. Una vez estaba en el campo y escuché un dicho de una persona sencilla, a la que le gustaban mucho las flores y las cuidaba. Me dijo: «Debemos cuidar estas cosas hermosas que Dios nos ha dado; la creación es para nosotros a fin de que la aprovechemos bien; no explotarla, sino custodiarla, porque *Dios perdona siempre, nosotros los hombres perdonamos algunas veces, pero la creación no perdona nunca, y si tú no la cuidas ella te destruirá*».

Esto debe hacernos pensar y debe hacernos pedir al Espíritu Santo el don de ciencia para comprender bien que la creación es el regalo más hermoso de Dios. Él hizo muchas cosas buenas para la cosa mejor que es la persona humana.

Miércoles 28 de mayo de 2014

La peregrinación a Tierra Santa

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Los días pasados, como sabéis, realicé una peregrinación a Tierra Santa. Ha sido un gran don para la Iglesia, y por ello doy gracias a Dios. Él me guió a esa Tierra bendita, que vio la presencia histórica de Jesús y donde tuvieron lugar acontecimientos fundamentales para el judaísmo, el cristianismo y el islam. Deseo renovar mi cordial agradecimiento a Su Beatitud el patriarca Fouad Twal, a los obispos de los diversos ritos, a los sacerdotes, a los franciscanos de la Custodia de Tierra Santa. ¡Son buenos estos franciscanos! Su trabajo es hermosísimo, lo que hacen. Mi pensamiento agradecido se dirige también a las autoridades jordanas, israelíes y palestinas, que me acogieron con mucha cortesía, diría también con amistad, así como a todos aquellos que cooperaron para la realización de la visita.

El fin principal de esta peregrinación ha sido conmemorar el 50º aniversario del histórico *encuentro entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras*. Fue esa ocasión la primera vez que un Sucesor de Pedro visitó Tierra Santa: Pablo VI inauguraba así, durante el Concilio Vaticano II, los viajes extra-italianos de los Papas en la época contemporánea. Ese gesto profético del obispo de Roma y del Patriarca de Constantinopla colocó una piedra miliar en el camino sufrido pero prometedor de la unidad de todos los cristianos, que desde entonces ha dado pasos importantes. Por ello, mi encuentro con Su Santidad Bartolomé, amado hermano en Cristo, ha representado el momento culminante de la visita. Juntos hemos rezado ante el Sepulcro de Jesús, y con nosotros estaban el patriarca greco-ortodoxo de Jerusalén Theophilos III y el patriarca armenio apostólico Nourhan, además de arzobispos y obispos de diversas Iglesias y Comunidades, Autoridades civiles y muchos fieles. En ese lugar donde resonó el anuncio de la Resurrección, hemos percibido toda la amargura y el sufrimiento de las divisiones que aún existen entre los discípulos de Cristo; y de verdad esto hace mucho mal, mal al corazón. Todavía estamos divididos. En ese lugar donde resonó precisamente el anuncio de la Resurrección, donde Jesús nos da la vida, aún nosotros estamos un poco divididos. Pero, sobre todo, en esa celebración llena de recíproca fraternidad, de estima y de afecto, hemos percibido fuerte la voz del Buen Pastor resucitado que

quiere hacer de todas sus ovejas un solo rebaño; hemos percibido el deseo de sanar las heridas aún abiertas y proseguir con tenacidad el camino hacia la comunión plena. Una vez más, como lo hicieron los Papas anteriores, yo pido perdón por lo que nosotros hemos hecho para favorecer esta división, y pido al Espíritu Santo que nos ayude a sanar las heridas que hemos causado a los demás hermanos. Todos somos hermanos en Cristo y con el patriarca Bartolomé somos amigos, hermanos, y hemos compartido la voluntad de caminar juntos, hacer todo lo que desde hoy podamos realizar: rezar juntos, trabajar juntos por el rebaño de Dios, buscar la paz, custodiar la creación, muchas cosas que tenemos en común. Y como hermanos debemos seguir adelante.

Otro objetivo de esta peregrinación ha sido alentar en esa región *el camino hacia la paz*, que es al mismo tiempo don de Dios y compromiso de los hombres. Lo hice en Jordania, en Palestina y en Israel. Y lo hice siempre como peregrino, en el nombre de Dios y del hombre, llevando en el corazón una gran compasión hacia los hijos de esa Tierra que desde hace demasiado tiempo conviven con la guerra y tienen el derecho de conocer finalmente días de paz.

Por ello exhorté a los fieles cristianos a dejarse «ungir» con corazón abierto y dócil por el Espíritu Santo, para ser cada vez más capaces de tener gestos de humildad, de fraternidad y de reconciliación. El Espíritu permite asumir estas actitudes en la vida cotidiana, con personas de distintas culturas y religiones, y llegar a ser así «artesanos» de la paz. La paz se construye artesanalmente. No existen industrias de paz, no. Se construye cada día, artesanalmente, y también con el corazón abierto para que venga el don de Dios. Por ello exhorté a los fieles cristianos a dejarse «ungir».

En Jordania agradecí a las autoridades y al pueblo su compromiso en la acogida de numerosos refugiados provenientes de las zonas de guerra, un compromiso humanitario que merece y requiere el apoyo constante de la Comunidad internacional. Me ha conmovido la generosidad del pueblo jordano al recibir a los refugiados, muchos que huyen de la guerra, en esa zona. Que el Señor bendiga a este pueblo acogedor, que lo bendiga abundantemente. Y nosotros debemos rezar para que el Señor bendiga esta acogida y pedir a todas las instituciones internacionales que ayuden a este pueblo en el trabajo de acogida que realiza. Durante la peregrinación alenté también en otros lugares a las autoridades implicadas a proseguir los esfuerzos para disminuir las tensiones en la zona medio-oriental, sobre todo en la atormentada Siria, así como a continuar buscando una solución justa al conflicto israelí-palestino. Por ello invité al presidente de Israel y al presidente de Palestina, ambos hombres de paz y artífices de paz, a venir al Vaticano a rezar juntos conmigo por la paz. Y, por favor, os pido a vosotros que no nos

dejéis solos: vosotros rezad, rezad mucho para que el Señor nos dé la paz, nos dé la paz en esa Tierra bendecida. Cuento con vuestras oraciones. Rezad con fuerza en este tiempo, rezad mucho para que venga la paz.

Esta peregrinación a Tierra Santa ha sido también la ocasión para *confirmar en la fe a las comunidades cristianas*, que sufren mucho, y expresar la gratitud de toda la Iglesia por la presencia de los cristianos en esa zona y en todo Oriente Medio. Estos hermanos nuestros son valerosos testigos de esperanza y de caridad, «sal y luz» en esa Tierra. Con su vida de fe y de oración y con la apreciada actividad educativa y asistencial, ellos trabajan en favor de la reconciliación y del perdón, contribuyendo al bien común de la sociedad. Con esta peregrinación, que ha sido una auténtica gracia del Señor, quise llevar una palabra de esperanza, pero al mismo tiempo la he recibido de ellos. La he recibido de hermanos y hermanas que esperan «contra toda esperanza» (*Rm 4, 18*), a través de muchos sufrimientos, como los de quien huyó del propio país a causa de los conflictos; como los de quienes, en diversas partes del mundo, son discriminados y despreciados por motivo de su fe en Cristo. ¡Sigamos estando cerca de ellos! Recemos por ellos y por la paz en Tierra Santa y en todo Oriente Medio. Que la oración de toda la Iglesia sostenga también el camino hacia la unidad plena entre los cristianos, para que el mundo crea en el amor de Dios que en Jesucristo vino a habitar en medio de nosotros.

Y os invito ahora a todos a rezar juntos, a rezar juntos a la Virgen, Reina de la paz, Reina de la unidad entre los cristianos, la Mamá de todos los cristianos: que ella nos traiga la paz, a todo el mundo, y que ella nos acompañe en este camino de unidad.

Miércoles 4 de junio de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy queremos detenernos en un don del Espíritu Santo que muchas veces se entiende mal o se considera de manera superficial, y, en cambio, toca el corazón de nuestra identidad y nuestra vida cristiana: se trata del don de piedad.

Es necesario aclarar inmediatamente que este don no se identifica con el tener compasión de alguien, tener piedad del prójimo, sino que indica nuestra pertenencia a Dios y nuestro vínculo profundo con Él, un vínculo que da sentido a toda nuestra vida y que nos mantiene firmes, en comunión con Él, incluso en los momentos más difíciles y tormentosos.

Este vínculo con el Señor no se debe entender como un deber o una imposición. Es un vínculo que viene desde dentro. Se trata de *una relación vivida con el corazón*: es nuestra amistad con Dios, que nos dona Jesús, una amistad que cambia nuestra vida y nos llena de entusiasmo, de alegría. Por ello, ante todo, el don de piedad suscita en nosotros la gratitud y la alabanza. Es esto, en efecto, el motivo y el *sentido más auténtico de nuestro culto y de nuestra adoración*. Cuando el Espíritu Santo nos hace percibir la presencia del Señor y todo su amor por nosotros, nos caldea el corazón y nos mueve casi naturalmente a la oración y a la celebración. Piedad, por lo tanto, es sinónimo de auténtico espíritu religioso, de confianza filial con Dios, de esa capacidad de dirigirnos a Él con amor y sencillez, que es propia de las personas humildes de corazón.

Si el don de piedad nos hace crecer en la relación y en la comunión con Dios y nos lleva a vivir como hijos suyos, al mismo tiempo nos ayuda a *volcar este amor también en los demás y a reconocerlos como hermanos*. Y entonces sí que seremos movidos por sentimientos de piedad —no de pietismo!— respecto a quien está a nuestro lado y de aquellos que encontramos cada día. ¿Por qué digo no de pietismo? Porque algunos piensan que tener piedad es cerrar los ojos, poner cara de estampa, aparentar ser como un santo. En piamontés decimos: hacer la «mugna quacia». Esto no es el don de piedad. El don de piedad significa ser verdaderamente capaces de gozar con quien experimenta alegría, llorar con quien llora, estar cerca de quien está solo o angustiado, corregir a quien está en el error, consolar a quien está afligido, acoger y socorrer a quien pasa necesidad. Hay una relación muy estrecha entre el don de piedad y la mansedumbre. El don de piedad

que nos da el Espíritu Santo nos hace apacibles, nos hace serenos, pacientes, en paz con Dios, al servicio de los demás con mansedumbre.

Queridos amigos, en la Carta a los Romanos el apóstol Pablo afirma: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡Abba, Padre!”» (*Rm* 8, 14-15). Pidamos al Señor que el don de su Espíritu venza nuestro temor, nuestras inseguridades, también nuestro espíritu inquieto, impaciente, y nos convierta en testigos gozosos de Dios y de su amor, adorando al Señor en verdad y también en el servicio al prójimo con mansedumbre y con la sonrisa que siempre nos da el Espíritu Santo en la alegría. Que el Espíritu Santo nos dé a todos este don de piedad.

Miércoles, 11 de junio de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El don del *temor de Dios*, del cual hablamos hoy, concluye la serie de los siete dones del Espíritu Santo. No significa tener miedo de Dios: sabemos bien que Dios es Padre, y que nos ama y quiere nuestra salvación, y siempre perdona, siempre; por lo cual no hay motivo para tener miedo de Él. El temor de Dios, en cambio, es el don del Espíritu que nos recuerda cuán pequeños somos ante Dios y su amor, y que nuestro bien está en abandonarnos con humildad, con respeto y confianza en sus manos. Esto es el temor de Dios: el abandono en la bondad de nuestro Padre que nos quiere mucho.

Cuando el Espíritu Santo entra en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz, y nos lleva a sentirnos tal como somos, es decir, pequeños, con esa actitud —tan recomendada por Jesús en el Evangelio— de quien pone todas sus preocupaciones y sus expectativas en Dios y se siente envuelto y sostenido por su calor y su protección, precisamente como un niño con su papá. Esto hace el Espíritu Santo en nuestro corazón: nos hace sentir como niños en los brazos de nuestro papá. En este sentido, entonces, comprendemos bien cómo el temor de Dios adquiere en nosotros la forma de la docilidad, del reconocimiento y de la alabanza, llenando nuestro corazón de esperanza. Muchas veces, en efecto, no logramos captar el designio de Dios, y nos damos cuenta de que no somos capaces de asegurarnos por nosotros mismos la felicidad y la vida eterna. Sin embargo, es precisamente en la experiencia de nuestros límites y de nuestra pobreza donde el Espíritu nos conforta y nos hace percibir que la única cosa importante es dejarnos conducir por Jesús a los brazos de su Padre.

He aquí por qué tenemos tanta necesidad de este don del Espíritu Santo. El temor de Dios nos hace tomar conciencia de que todo viene de la gracia y que nuestra verdadera fuerza está únicamente en seguir al Señor Jesús y en dejar que el Padre pueda derramar sobre nosotros su bondad y su misericordia. Abrir el corazón, para que la bondad y la misericordia de Dios vengan a nosotros. Esto hace el Espíritu Santo con el don del temor de Dios: abre los corazones. Corazón abierto a fin de que el perdón, la misericordia, la bondad, la caricia del Padre vengan a nosotros, porque nosotros somos hijos infinitamente amados.

Cuando estamos invadidos por el temor de Dios, entonces estamos predisuestos a seguir al Señor con humildad, docilidad y obediencia. Esto, sin embar-

go, no con actitud resignada y pasiva, incluso quejumbrosa, sino con el estupor y la alegría de un hijo que se ve servido y amado por el Padre. El temor de Dios, por lo tanto, no hace de nosotros cristianos tímidos, sumisos, sino que genera en nosotros valentía y fuerza. Es un don que hace de nosotros cristianos convencidos, entusiastas, que no permanecen sometidos al Señor por miedo, sino porque son movidos y conquistados por su amor. Ser conquistados por el amor de Dios. Y esto es algo hermoso. Dejarnos conquistar por este amor de papá, que nos quiere mucho, nos ama con todo su corazón.

Pero, atención, porque el don de Dios, el don del temor de Dios es también una «alarma» ante la pertinacia en el pecado. Cuando una persona vive en el mal, cuando blasfema contra Dios, cuando explota a los demás, cuando los tiraniza, cuando vive sólo para el dinero, para la vanidad, o el poder, o el orgullo, entonces el santo temor de Dios nos pone en alerta: ¡atención! Con todo este poder, con todo este dinero, con todo tu orgullo, con toda tu vanidad, no serás feliz. Nadie puede llevar consigo al más allá ni el dinero, ni el poder, ni la vanidad, ni el orgullo. ¡Nada! Sólo podemos llevar el amor que Dios Padre nos da, las caricias de Dios, aceptadas y recibidas por nosotros con amor. Y podemos llevar lo que hemos hecho por los demás. Atención en no poner la esperanza en el dinero, en el orgullo, en el poder, en la vanidad, porque todo esto no puede prometernos nada bueno. Pienso, por ejemplo, en las personas que tienen responsabilidad sobre otros y se dejan corromper. ¿Pensáis que una persona corrupta será feliz en el más allá? No, todo el fruto de su corrupción corrompió su corazón y será difícil ir al Señor. Pienso en quienes viven de la trata de personas y del trabajo esclavo. ¿Pensáis que esta gente que trafica personas, que explota a las personas con el trabajo esclavo tiene en el corazón el amor de Dios? No, no tienen temor de Dios y no son felices. No lo son. Pienso en quienes fabrican armas para fomentar las guerras; pero pensad qué oficio es éste. Estoy seguro de que si hago ahora la pregunta: ¿cuántos de vosotros sois fabricantes de armas? Ninguno, ninguno. Estos fabricantes de armas no vienen a escuchar la Palabra de Dios. Estos fabrican la muerte, son mercaderes de muerte y producen mercancía de muerte. Que el temor de Dios les haga comprender que un día todo acaba y que deberán rendir cuentas a Dios.

Queridos amigos, el Salmo 34 nos hace rezar así: «El afligido invocó al Señor, Él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege» (vv. 7-8). Pidamos al Señor la gracia de unir nuestra voz a la de los pobres, para acoger el don del temor de Dios y poder reconocernos, juntamente con ellos, revestidos de la misericordia y del amor de Dios, que es nuestro Padre, nuestro papá. Que así sea.

Miércoles, 18 de junio de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Y felicidades a vosotros porque habéis sido valientes, con este tiempo que no se sabe si viene el agua, o si no viene el agua... ¡Estupendos! Esperamos terminar la audiencia sin agua, que el Señor tenga piedad de nosotros.

Hoy comienzo un ciclo de catequesis sobre la Iglesia. Es un poco como un hijo que habla de su madre, de su familia. Hablar de la Iglesia es hablar de nuestra madre, de nuestra familia. La Iglesia no es una institución finalizada a sí misma o una asociación privada, una ong, ni mucho menos se debe restringir la mirada al clero o al Vaticano... «La Iglesia piensa...». La Iglesia somos todos. «¿De quién hablas tú?». «No, de los sacerdotes...». Ah, los sacerdotes son parte de la Iglesia, pero la Iglesia somos todos. No hay que reducirla a los sacerdotes, a los obispos, al Vaticano... Estas son partes de la Iglesia, pero la Iglesia somos todos, todos familia, todos de la madre. Y la Iglesia es una realidad mucho más amplia, que se abre a toda la humanidad y que no nace en un laboratorio, la Iglesia no nació en un laboratorio, no nació improvisamente. Ha sido fundada por Jesús, pero es un pueblo con una historia larga a sus espaldas y una preparación que tiene su inicio mucho antes de Cristo mismo.

Esta historia, o «prehistoria», de la Iglesia se encuentra ya en las páginas del Antiguo Testamento. Hemos escuchado el libro del Génesis: Dios eligió a *Abrahán*, nuestro padre en la fe, y le pidió que se ponga en camino, que deje su patria terrena y que vaya hacia otra tierra, que Él le indicaría (cf. Gn 12, 1-9). Y en esta vocación Dios no llama a Abrahán solo, como individuo, sino que implica desde el inicio a su familia, a sus parientes y a todos aquellos que estaban al servicio de su casa. Una vez en camino —sí, así comienza a caminar la Iglesia—, luego, Dios ampliará aún más el horizonte y colmará a Abrahán de su bendición, prometiéndole una descendencia numerosa como las estrellas del cielo y como la arena a la orilla del mar. El primer dato importante es precisamente este: comenzando por Abrahán *Dios forma un pueblo para que lleve su bendición a todas las familias de la tierra*. Y en el seno de este pueblo nace Jesús. Es Dios quien forma este pueblo, esta historia, la Iglesia en camino, y allí nace Jesús, en este pueblo.

Un segundo elemento: no es Abrahán quien constituye a su alrededor un pueblo, sino que es Dios quien da vida a ese pueblo. Normalmente era el hom-

bre el que se dirigía a la divinidad, tratando de colmar la distancia e invocando apoyo y protección. La gente rezaba a los dioses, a las divinidades. En este caso, en cambio, se asiste a algo inaudito: es *Dios mismo quien toma la iniciativa*. Escuchemos esto: es Dios mismo quien llama a la puerta de Abrahán y le dice: sigue adelante, deja tu tierra, comienza a caminar y yo haré de ti un gran pueblo. Este es el comienzo de la Iglesia y en este pueblo nace Jesús. Dios toma la iniciativa y dirige su palabra al hombre, creando un vínculo y una relación nueva con Él. «Pero, padre, ¿cómo es esto? ¿Dios nos habla?» «Sí». «¿Y nosotros podemos hablar a Dios?». «Sí». «¿Pero nosotros podemos tener una conversación con Dios?». «Sí». Esto se llama oración, pero es Dios el que hizo esto desde el comienzo. Así Dios forma un pueblo con todos aquellos que escuchan su Palabra y que se ponen en camino, fiándose de Él. Esta es la única condición: fiarse de Dios. Si tú te fías de Dios, lo escuchas y te pones en camino, eso es hacer Iglesia. El amor de Dios precede a todo. Dios siempre es el primero, llega antes que nosotros, Él nos precede. El profeta Isaías, o Jeremías, no recuerdo bien, decía que Dios es como la flor del almendro, porque es el primer árbol que florece en primavera. Para decir que Dios siempre florece antes que nosotros. Cuando nosotros llegamos Él nos espera, Él nos llama, Él nos hace caminar. Siempre se adelanta respecto a nosotros. Y esto se llama amor, porque Dios nos espera siempre. «Pero, padre, yo no creo esto, porque si usted lo supiese, padre, mi vida ha sido muy mala, ¿cómo puedo pensar que Dios me espera?». «Dios te espera. Y si has sido un gran pecador te espera aún más y te espera con mucho amor, porque Él es el primero. Es esta la belleza de la Iglesia, que nos lleva a este Dios que nos espera. Precede a Abrahán, y precede también a Adán.

Abrahán y los suyos escucharon la llamada de Dios y se pusieron en camino, a pesar de que no sabían bien quién era este Dios y a dónde los quería llevar. Es verdad, porque Abrahán se puso en camino fiándose de este Dios que le había hablado, pero no tenía un libro de teología para estudiar quién era este Dios. Se fía, se fía del amor. Dios le hace sentir el amor y él se fía. Eso, sin embargo, no significa que esta gente haya estado siempre convencida y haya sido siempre fiel. Al contrario, desde el inicio hubo resistencias, repliegue sobre sí mismos y sobre los propios intereses y la tentación de regatear con Dios y resolver las cosas al propio estilo. Estas son las traiciones y los pecados que marcan el camino del pueblo a lo largo de toda la historia de la salvación, que es *la historia de la fidelidad de Dios y de la infidelidad del pueblo*. Dios, sin embargo, no se cansa. Dios tiene paciencia, tiene mucha paciencia, y en el tiempo sigue educando y formando a su pueblo, como un padre con su hijo. Dios camina con nosotros. Dice el profeta Oseas: «Yo he caminado contigo y te he enseñado a caminar como un papá ense-

ña a caminar al niño». Hermosa esta imagen de Dios. Así es con nosotros: nos enseña a caminar. Y es la misma actitud que mantiene en relación con la Iglesia. Incluso nosotros, en efecto, en nuestro propósito de seguir al Señor Jesús, experimentamos cada día el egoísmo y la dureza de nuestro corazón. Sin embargo, cuando nos reconocemos pecadores, Dios nos colma con su misericordia y su amor. Y nos perdona, nos perdona siempre. Es precisamente esto lo que nos hace crecer como pueblo de Dios, como Iglesia: no es nuestra bondad, no son nuestros méritos —nosotros somos poca cosa, no es eso—, sino que es la experiencia cotidiana de cuánto nos quiere el Señor y se preocupa de nosotros. Es esto lo que nos hace sentir verdaderamente suyos, en sus manos, y nos hace crecer en la comunión con Él y entre nosotros. Ser Iglesia es sentirse en las manos de Dios, que es padre y nos ama, nos acaricia, nos espera, nos hace sentir su ternura. Y esto es muy hermoso.

Queridos amigos, este es el proyecto de Dios. Cuando Dios llamó a Abrahán pensaba en esto: formar un pueblo bendecido por su amor y que lleve su bendición a todos los pueblos de la tierra. Este proyecto no cambia, está siempre en acto. En Cristo ha tenido su realización y todavía hoy Dios lo sigue realizando en la Iglesia. Pidamos, pues, la gracia de ser fieles al seguimiento del Señor Jesús y a la escucha de su Palabra, dispuestos a salir cada día, como Abrahán, hacia la tierra de Dios y del hombre, nuestra verdadera patria, y así llegar a ser bendición, signo del amor de Dios para todos sus hijos. A mí me gusta pensar que un sinónimo, otro nombre que podemos tener nosotros cristianos sería este: somos hombres y mujeres, somos gente que bendice. El cristiano con su vida debe bendecir siempre, bendecir a Dios y bendecir a todos. Nosotros cristianos somos gente que bendice, que sabe bendecir. ¡Esta es una hermosa vocación!

Miércoles, 25 de junio de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Dios ha querido formar un pueblo que lleve su bendición a todos los pueblos de la Tierra. En Jesucristo, lo establece como signo e instrumento de unión de los hombres con Dios y entre ellos. De ahí la importancia de pertenecer a este pueblo.

Nosotros no somos cristianos a título individual, cada uno por su cuenta. Nuestra identidad es pertenencia. Decir «soy cristiano» equivale a decir: «Pertenezco a la Iglesia». Soy de ese pueblo con el que Dios estableció desde antiguo una alianza, a la que siempre es fiel. De aquí nuestra gratitud a los que nos han precedido y acogido en la Iglesia, quienes nos han transmitido la fe, quienes nos enseñaron a rezar y quienes pidieron para nosotros el Bautismo. Nadie se hace cristiano por sí mismo. La Iglesia es una gran familia, que nos acoge y nos enseña a vivir como creyentes y discípulos del Señor. Y no sólo somos cristianos gracias a otros, sino que únicamente podemos serlo junto con otros. En la Iglesia nadie va « de libre». Quien dice creer en Dios pero no en la Iglesia, quien dice tener una relación directa con Cristo, pero fuera de la Iglesia, cae en una dicotomía absurda. Dios ha confiado su mensaje salvador a personas humanas, a testigos, y se nos da a conocer en nuestros hermanos y hermanas.

DISCURSOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO DE LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Viernes 9 de mayo de 2014

*Señor cardenal,
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
queridos hermanos y hermanas:*

Doy la bienvenida a los directores nacionales de las Obras misionales pontificias y a los colaboradores de la Congregación para la evangelización de los pueblos. Doy las gracias al cardenal Fernando Filoni y a todos vosotros, que trabajáis al servicio de la misión de la Iglesia para llevar el Evangelio a las gentes en todas las partes de la tierra.

Con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* he querido invitar a todos los fieles a una nueva etapa evangelizadora; y también en nuestra época *missio ad gentes* es la fuerza pujante de este dinamismo fundamental de la Iglesia. El anhelo de evangelizar hasta los «confines», testimoniado por misioneros santos y generosos, ayuda a todas las comunidades a realizar una pastoral extrovertida y eficaz, una renovación de las estructuras y de las obras. La acción misionera es paradigma de toda obra de la Iglesia (cf. *Evangelii gaudium*, 15).

Evangelizar, en este tiempo de grandes transformaciones sociales, requiere una Iglesia misionera toda en salida, capaz de realizar un discernimiento para confrontarse con las distintas culturas y visiones del hombre. Para un mundo en transformación es necesaria una Iglesia renovada y transformada por la contemplación y por el contacto personal con Cristo, por la fuerza del Espíritu. El Espíritu de Cristo es la fuente de la renovación, que nos hace encontrar nuevos caminos, nuevos métodos creativos, diversas formas de expresión para la evangelización del mundo actual. Es Él quien nos da la fuerza para emprender el camino misionero y la alegría del anuncio, para que la luz de Cristo ilumine a cuan-

tos todavía no lo conocen o lo han rechazado. Por eso se nos pide el valor de «llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (*Evangelii gaudium*, 20). No nos pueden detener ni nuestras debilidades, ni nuestros pecados, ni tantos impedimentos que se oponen al testimonio y a la proclamación del Evangelio. Es la experiencia del encuentro con el Señor lo que nos empuja y nos da la alegría de anunciarlo a todas las gentes.

La Iglesia, misionera por su naturaleza, tiene como prerrogativa fundamental el servicio de la caridad a todos. La fraternidad y la solidaridad universal son connaturales a su vida y a su misión en el mundo y por el mundo. La evangelización, que debe llegar a todos, está llamada, sin embargo, a partir de los últimos, de los pobres, de los que tienen las espaldas dobladas bajo el peso y la fatiga de la vida. Actuando así, la Iglesia prolonga la misión de Cristo mismo, quien ha «venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10). La Iglesia es el pueblo de las bienaventuranzas, la casa de los pobres, de los afligidos, de los excluidos y perseguidos, de quienes tienen hambre y sed de justicia. A vosotros se os pide trabajar a fin de que las comunidades eclesiales sepan acoger con amor preferencial a los pobres, teniendo las puertas de la Iglesia abiertas para que todos puedan entrar y encontrar refugio.

Las Obras misionales pontificias son el instrumento privilegiado que llama y se ocupa con generosidad de la *missio ad gentes*. Por esto me dirijo a vosotros como animadores y formadores de la conciencia misionera de las Iglesias locales: promoved la corresponsabilidad misionera con paciente perseverancia. Hay tanta necesidad de sacerdotes, de personas consagradas y fieles laicos que, aferrados por el amor de Cristo, estén marcados con el fuego de la pasión por el Reino de Dios y disponibles a encaminarse por la senda de la evangelización.

Os agradezco vuestro valioso servicio, dedicado a la difusión del reino de Dios, a hacer llegar el amor y la luz de Cristo a todos los rincones de la tierra. Que María, la madre del Evangelio viviente, os acompañe siempre en este camino vuestro de apoyo a la evangelización. Que os acompañe también mi bendición, para vosotros y vuestros colaboradores. Gracias.

CELEBRACIÓN ECUMÉNICA CON OCASIÓN DEL 50 ANIVERSARIO DEL ENCUENTRO EN JERUSALÉN ENTRE EL PAPA PABLO VI Y EL PATRIARCA ATENÁGORAS

Basílica del Santo Sepulcro, Jerusalén

Domingo 25 de mayo de 2014

*Santidad,
queridos hermanos Obispos,
queridos hermanos y hermanas:*

En esta Basílica, a la que todo cristiano mira con profunda veneración, llega a su culmen la peregrinación que estoy realizando junto con mi amado hermano en Cristo, Su Santidad Bartolomé. Peregrinamos siguiendo las huellas de nuestros predecesores, el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, que, con audacia y docilidad al Espíritu Santo, hicieron posible, hace cincuenta años, en la Ciudad santa de Jerusalén, el encuentro histórico entre el Obispo de Roma y el Patriarca de Constantinopla. Saludo cordialmente a todos los presentes. De modo particular, agradezco vivamente a Su Beatitud Teófilo, que ha tenido a bien dirigirnos unas amables palabras de bienvenida, así como a Su Beatitud Nourhan Manoogian y al Reverendo Padre Pierbattista Pizzaballa, que hayan hecho posible este momento.

Es una gracia extraordinaria estar aquí reunidos en oración. El Sepulcro vacío, ese sepulcro nuevo situado en un jardín, donde José de Arimatea colocó devotamente el cuerpo de Jesús, es el lugar de donde salió el anuncio de la resurrección: “No tengan miedo, ya sé que buscan a Jesús el crucificado. No está aquí: ha resucitado, como había dicho. Vengan a ver el sitio donde yacía y vayan aprisa a decir a sus discípulos: ‘Ha resucitado de entre los muertos’” (Mt 28,5-7). Este anuncio, confirmado por el testimonio de aquellos a quienes se apareció el Señor Resucitado, es el corazón del mensaje cristiano, transmitido fielmente de genera-

ción en generación, como afirma desde el principio el apóstol Pablo: “Lo primero que les transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras” (1 Co 15,3-4). Lo que nos une es el fundamento de la fe, gracias a la cual profesamos juntos que Jesucristo, unigénito Hijo del Padre y nuestro único Señor, “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos” (*Símbolo de los Apóstoles*). Cada uno de nosotros, todo bautizado en Cristo, ha resucitado espiritualmente en este sepulcro, porque todos en el Bautismo hemos sido realmente incorporados al Primogénito de toda la creación, sepultados con Él, para resucitar con Él y poder caminar en una vida nueva (cf. Rm 6,4).

Acojamos la gracia especial de este momento. Detengámonos con devoto recogimiento ante el sepulcro vacío, para redescubrir la grandeza de nuestra vocación cristiana: somos hombres y mujeres de resurrección, no de muerte. Aprendamos, en este lugar, a vivir nuestra vida, los afanes de la Iglesia y del mundo entero a la luz de la mañana de Pascua. El Buen Pastor, cargando sobre sus hombros todas las heridas, sufrimientos, dolores, se ofreció a sí mismo y con su sacrificio nos ha abierto las puertas a la vida eterna. A través de sus llagas abiertas se derrama en el mundo el torrente de su misericordia. No nos dejemos robar el fundamento de nuestra esperanza, que es precisamente éste: *Christós anesti*. No privemos al mundo del gozoso anuncio de la Resurrección. Y no hagamos oídos sordos al fuerte llamamiento a la unidad que resuena precisamente en este lugar, en las palabras de Aquel que, resucitado, nos llama a todos nosotros “mis hermanos” (cf. Mt 28,10; Jn 20,17).

Ciertamente, no podemos negar las divisiones que todavía hay entre nosotros, discípulos de Jesús: este lugar sagrado nos hace sentir con mayor dolor el drama. Y, sin embargo, cincuenta años después del abrazo de aquellos dos venerables Padres, hemos de reconocer con gratitud y renovado estupor que ha sido posible, por impulso del Espíritu Santo, dar pasos realmente importantes hacia la unidad. Somos conscientes de que todavía queda camino por delante para alcanzar aquella plenitud de comunión que pueda expresarse también compartiendo la misma Mesa eucarística, como ardientemente deseamos; pero las divergencias no deben intimidarnos ni paralizar nuestro camino. Debemos pensar que, igual que fue movida la piedra del sepulcro, así pueden ser removidos todos los obstáculos que impiden aún la plena comunión entre nosotros. Será una gracia de resurrección, que ya hoy podemos degustar. Siempre que nos pedimos perdón los unos

a los otros por los pecados cometidos en relación con otros cristianos y tenemos el valor de conceder y de recibir este perdón, experimentamos la resurrección. Siempre que, superados los antiguos prejuicios, nos atrevemos a promover nuevas relaciones fraternas, confesamos que Cristo ha resucitado verdaderamente. Siempre que pensamos el futuro de la Iglesia a partir de su vocación a la unidad, brilla la luz de la mañana de Pascua. A este respecto, deseo renovar la voluntad ya expresada por mis Predecesores, de mantener un diálogo con todos los hermanos en Cristo para encontrar una forma de ejercicio del ministerio propio del Obispo de Roma que, en conformidad con su misión, se abra a una situación nueva y pueda ser, en el contexto actual, un servicio de amor y de comunión reconocido por todos (cf. Juan Pablo II, Enc. *Ut unum sint*, 95-96).

Peregrinando en estos santos Lugares, recordamos en nuestra oración a toda la región de Oriente Medio, desgraciadamente lacerada con frecuencia por la violencia y los conflictos armados. Y no nos olvidamos en nuestras intenciones de tantos hombres y mujeres que, en diversas partes del mundo, sufren a causa de la guerra, de la pobreza, del hambre; así como de los numerosos cristianos perseguidos por su fe en el Señor Resucitado. Cuando cristianos de diversas confesiones sufren juntos, unos al lado de los otros, y se prestan los unos a los otros ayuda con caridad fraterna, se realiza el ecumenismo del sufrimiento, se realiza el ecumenismo de sangre, que posee una particular eficacia no sólo en los lugares donde esto se produce, sino, en virtud de la comunión de los santos, también para toda la Iglesia. Aquellos que matan, que persiguen a los cristianos por odio a la fe, no les preguntan si son ortodoxos o si son católicos: son cristianos. La sangre cristiana es la misma.

Santidad, querido Hermano, queridos hermanos todos, dejemos a un lado los recelos que hemos heredado del pasado y abramos nuestro corazón a la acción del Espíritu Santo, el Espíritu del Amor (cf. *Rm* 5,5), para caminar juntos hacia el día bendito en que reencontremos nuestra plena comunión. En este camino nos sentimos sostenidos por la oración que el mismo Jesús, en esta Ciudad, la vigilia de su pasión, elevó al Padre por sus discípulos, y que no nos cansamos, con humildad, de hacer nuestra: “Que sean una sola cosa... para que el mundo crea” (*Jn* 17,21). Y cuando la desunión nos haga pesimistas, poco animosos, desconfiados, vayamos todos bajo el mando de la Santa Madre de Dios. Cuando en el alma cristiana hay turbulencias espirituales, solamente bajo el manto de la Santa Madre de Dios encontramos paz. Que Ella nos ayude en este camino.

ENCUENTRO CON SACERDOTES, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS Y SEMINARISTAS

Iglesia de Getsemaní, Jerusalén

Lunes 26 de mayo de 2014

“Salió... al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos” (Lc 22,39).

Cuando llegó la hora señalada por Dios para salvar a la humanidad de la esclavitud del pecado, Jesús se retiró aquí, a Getsemaní, a los pies del monte de los Olivos. Nos encontramos en este lugar santo, santificado por la oración de Jesús, por su angustia, por su sudor de sangre; santificado sobre todo por su “sí” a la voluntad de amor del Padre. Sentimos casi temor de acercarnos a los sentimientos que Jesús experimentó en aquella hora; entramos de puntillas en aquel espacio interior donde se decidió el drama del mundo.

En aquella hora, Jesús sintió la necesidad de rezar y de tener junto a sí a sus discípulos, a sus amigos, que lo habían seguido y habían compartido más de cerca su misión. Pero aquí, en Getsemaní, el seguimiento se hace difícil e incierto; se hace sentir la duda, el cansancio y el terror. En el frenético desarrollo de la pasión de Jesús, los discípulos tomarán diversas actitudes en relación a su Maestro: actitudes de acercamiento, de alejamiento, de incertidumbre.

Nos hará bien a todos nosotros, obispos, sacerdotes, personas consagradas, seminaristas, preguntarnos en este lugar: ¿quién soy yo ante mi Señor que sufre?

¿Soy de los que, invitados por Jesús a velar con él, se duermen y, en lugar de rezar, tratan de evadirse cerrando los ojos a la realidad?

¿O me identifico con aquellos que huyeron por miedo, abandonando al Maestro en la hora más trágica de su vida terrena?

¿Descubro en mí la doblez, la falsedad de aquel que lo vendió por treinta monedas, que, habiendo sido llamado amigo, traicionó a Jesús?

¿Me identifico con los que fueron débiles y lo negaron, como Pedro? Poco antes, había prometido a Jesús que lo seguiría hasta la muerte (cf. Lc 22,33); después, acorralado y presa del pánico, jura que no lo conoce.

¿Me parezco a aquellos que ya estaban organizando su vida sin Él, como los dos discípulos de Emaús, necios y torpes de corazón para creer en las palabras de los profetas (cf. Lc 24,25)?

O bien, gracias a Dios, ¿me encuentro entre aquellos que fueron fieles hasta el final, como la Virgen María y el apóstol Juan? Cuando sobre el Gólgota todo se hace oscuridad y toda esperanza parece apagarse, sólo el amor es más fuerte que la muerte. El amor de la Madre y del discípulo amado los lleva a permanecer a los pies de la cruz, para compartir hasta el final el dolor de Jesús.

¿Me identifico con aquellos que han imitado a su Maestro hasta el martirio, dando testimonio de hasta qué punto Él lo era todo para ellos, la fuerza incomparable de su misión y el horizonte último de su vida?

La amistad de Jesús con nosotros, su fidelidad y su misericordia son el don inestimable que nos anima a continuar con confianza en el seguimiento a pesar de nuestras caídas, nuestros errores, incluso nuestras traiciones.

Pero esta bondad del Señor no nos exime de la vigilancia frente al tentador, al pecado, al mal y a la traición que pueden atravesar también la vida sacerdotal y religiosa. Todos estamos expuestos al pecado, al mal, a la traición. Advertimos la desproporción entre la grandeza de la llamada de Jesús y nuestra pequeñez, entre la sublimidad de la misión y nuestra fragilidad humana. Pero el Señor, en su gran bondad y en su infinita misericordia, nos toma siempre de la mano, para que no perezamos en el mar de la aflicción. Él está siempre a nuestro lado, no nos deja nunca solos. Por tanto, no nos dejemos vencer por el miedo y la desesperanza, sino que con entusiasmo y confianza vayamos adelante en nuestro camino y en nuestra misión.

Ustedes, queridos hermanos y hermanas, están llamados a seguir al Señor con alegría en esta Tierra bendita. Es un don y también es una responsabilidad. Su presencia aquí es muy importante; toda la Iglesia se lo agradece y los apoya con la oración. Desde este lugar santo, deseo dirigir un afectuoso saludo a todos los cristianos de Jerusalén: quisiera asegurarles que los recuerdo con afecto y que rezo por ellos, conociendo bien la dificultad de su vida en la ciudad. Los animo a ser testigos valientes de la pasión del Señor, pero también de su Resurrección, con alegría y esperanza.

Imitemos a la Virgen María y a san Juan, y permanezcamos junto a las muchas cruces en las que Jesús está todavía crucificado. Éste es el camino en el que el Redentor nos llama a seguirlo. ¡No hay otro, es éste!

“El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí estará mi servidor” (Jn 12,26).

RUEDA DE PRENSA DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN EL VUELO DE REGRESO DE TIERRA SANTA

Lunes de 26 de mayo de 2014

(Padre Lombardi)

Damos las gracias al Papa por estar aquí: tras un viaje tan agotador, se ha mostrado disponible para tener este encuentro con nosotros. Por tanto, muchas gracias.

Nos hemos organizado –se han organizado por su cuenta los periodistas– por los principales grupos lingüísticos, cada uno de los cuales propone a algunas personas que hacen las preguntas. No he puesto ninguna condición porque sé que Usted prefiere abordar todos los frentes. A menos que usted quiera decir alguna palabra de introducción... respondamos a las preguntas.

Bien, la primera pregunta, la hace el grupo italiano:

P. Santo Padre, en estos días, Usted ha realizado algunos gestos que han dado la vuelta al mundo: la mano apoyada en el muro de Belén, la señal de la cruz, el beso a los supervivientes, hoy en Yad Vashem, y también el beso al Santo Sepulcro, ayer, junto a Bartolomé, y muchos más. Quisiéramos preguntarle si todos estos gestos los había pensado, los había previsto, por qué los pensó y cuáles serán después, según Usted, las repercusiones de estos gestos, además –naturalmente– del enorme gesto de haber invitado a Peres y Abu Mazen al Vaticano...

R. (Santo Padre)

Los gestos más auténticos son los que no se piensan, los que vienen, ¿no? Yo había pensado: “Se podría hacer algo...”, pero el gesto concreto, ninguno de estos gestos ha sido pensado como tal. Algunas cosas, por ejemplo, la invitación a los dos Presidentes a la oración, se había pensado que fuese allí, pero había tantos problemas logísticos, tantos, porque ellos tienen que tener en cuenta también el

territorio, dónde se hace, y no es fácil. Por eso, se pensaba en una reunión..., pero al final ha quedado esto, que espero que salga bien. Pero no han sido previstos y... no sé, a mí me viene hacer algo, pero es espontáneo, es así. Al menos, para decir la verdad, alguno... “se podría hacer algo”, pero la cosa concreta no se me ocurre. Por ejemplo, en Yad Vashem, nada; y después se me ha ocurrido. Es así.

(Padre Lombardi)

Bien. La segunda pregunta la hace el grupo de lengua inglesa.

D. Usted ha usado palabras muy duras contra el abuso sexual de menores por parte del clero, de los sacerdotes. Ha creado una comisión especial para afrontar mejor este problema en la Iglesia universal. En la práctica, sabemos que actualmente en todas las Iglesias locales hay normas que imponen una fuerte obligación moral, y muchas veces también legal, de colaborar con las autoridades civiles locales, de una u otra manera. ¿Qué haría Usted en el caso de que un obispo no respetara, no cumpliera estas obligaciones?

R (Santo Padre)

En Argentina, a los privilegiados, les decimos: “Éste es un hijo de papá”. En este problema no habrá “hijos de papá”. En este momento hay tres obispos que están siendo investigados: bajo investigación, tres; y uno que ya ha sido condenado y se está estudiando la pena que se le debe imponer. No hay privilegios. El abuso de menores es un delito muy feo, mucho... Sabemos que es un problema grave en todas partes, pero a mí me interesa la Iglesia. Un sacerdote que hace esto traiciona al Cuerpo del Señor, porque ese sacerdote debe llevar a ese niño, a esa niña, a ese muchacho, a esa muchacha a la santidad; y ese muchacho, esa niña se fía, y él, en vez de llevarlos a la santidad, abusa de ellos. Esto es gravísimo. Es como... hago sólo una comparación: es como hacer una Misa negra, por ejemplo. Tú tienes que llevarlo a la santidad y lo metes en un problema que durará toda la vida... Próximamente habrá una Misa con algunas personas víctimas de abusos en Santa Marta, y después una reunión con ellos: estaremos ellos y yo, con el Cardenal O'Malley que es de la comisión. Sobre este tema tenemos que seguir adelante, adelante: tolerancia cero.

(Padre Lombardi)

Mil gracias, Santidad. Y ahora el grupo de lengua española.

P. Desde el primer día de su Pontificado, Usted lanzó este mensaje fuerte de

una Iglesia pobre y para los pobres, pobres en sencillez y austeridad. ¿Qué piensa hacer para que no haya contradicciones con ese mensaje de austeridad? (La pregunta ha hecho referencia a situaciones de las que se ha hablado en los últimos días, entre ellas, de una operación del IOR de 15 millones de euros).

R. (Santo Padre)

El Señor dijo una vez a sus discípulos —está en el Evangelio—: “Es inevitable que haya escándalos”. Somos humanos, todos somos pecadores. Y los habrá, los habrá. El problema es evitar que haya más. En la administración económica, honestidad y transparencia. Las dos comisiones, la que ha estudiado el IOR y la que se ha ocupado de todo el Vaticano, han elaborado sus conclusiones, han hecho propuestas y ahora, con el ministerio, digámoslo así, con la Secretaría para los Asuntos Económicos que dirige el Cardenal Pell, se llevarán a cabo las reformas que estas comisiones han aconsejado. Y seguirá habiendo incongruencias, las habrá siempre, porque somos humanos, y la reforma debe ser continua. Los Padres de la Iglesia decían: *Ecclesia semper reformanda*. Hemos de estar atentos para reformar cada día la Iglesia, porque somos pecadores, somos débiles, y habrá problemas. La administración que esta Secretaría para los asuntos económicos realiza ayudará mucho a evitar los escándalos, los problemas... Por ejemplo, en el IOR, creo que en este momento han sido ya cerradas... la cifra que me viene es de 1.600 cuentas, más o menos, de personas que no tenían derecho a tener una cuenta en el IOR. El IOR está para ayudar a la Iglesia, tienen derecho los Obispos de las Diócesis, los empleados del Vaticano, sus viudas o viudos para recibir la pensión... Es algo así. Pero no tienen derecho otras personas particulares... Las embajadas, mientras dura la misión, y nada más. No es una cosa abierta. Y esto es un buen trabajo: cerrar las cuentas que no tienen derecho. Quisiera añadir una cosa: la pregunta que usted me ha hecho ha mencionado ese asunto de los 15 millones. Pero se trata de un tema que está en estudio, no está claro. Quizás sea verdad, pero en este momento no es definitivo, esa cuestión: está en estudio, para ser justos. Gracias.

(Padre Lombardi)

Ahora damos la palabra al grupo de lengua francesa.

P. Santo Padre, dejando atrás Oriente Medio, ahora volvemos a Europa. ¿Está Usted preocupado por el crecimiento del populismo en Europa, como se ha visto de nuevo ayer en las elecciones europeas?

R. (Santo Padre)

En estos días apenas he tenido tiempo de rezar el Padrenuestro... pero no tengo noticias de las elecciones, en serio. No tengo datos, quién ha ganado, quién no ha ganado. No he tenido noticias. El populismo, ¿en qué sentido lo dice usted?

P. En el sentido de que hoy muchos europeos tienen miedo, piensan que no hay futuro en Europa. Hay mucho desempleo y el partido anti-europeísta ha experimentado un fuerte incremento en estas elecciones...

R. Ya he oído hablar de este tema. De Europa, de la confianza o de la desconfianza en Europa. También sobre el euro, algunos quieren volver atrás... De estas cosas, yo no entiendo mucho. Pero usted ha dicho una palabra clave: el desempleo. Esto es grave. Es grave porque yo lo interpreto así, simplificando. Tenemos un sistema económico mundial que pone en el centro el dinero, no la persona humana. Y en un verdadero sistema económico, en el centro deberían estar el hombre y la mujer, la persona humana. Y hoy en el centro está el dinero. Para sostenerse, para mantener el equilibrio, este sistema tiene que tomar algunas medidas de “descarte”. Y se descartan los niños –la tasa de natalidad en Europa no es muy alta. Creo que en Italia es del 1,2 por ciento; en Francia, ustedes tienen el 2, un poco más; España, menos que Italia, no sé si llega al 1... Se descartan los niños, se descartan los ancianos: no sirven los viejos; coyunturalmente, en este momento, los visitan porque tienen una pensión y los necesitan, pero es una cosa coyuntural. Los ancianos son descartados, incluso con situaciones de eutanasia encubierta, en tantos países. Es decir, los medicamentos se administran hasta un cierto punto, es así... Y en este momento, se descartan los jóvenes, y esto es gravísimo: es gravísimo. En Italia, creo que el desempleo juvenil llega casi al 40%, no estoy seguro; en España estoy seguro: está por encima del 50. Y en Andalucía, en el sur de España, el 60. Esto significa que hay toda una generación de “ni-ni”: ni estudian, ni trabajan, y esto es gravísimo. Se descarta una generación de jóvenes. Para mí, esta cultura del descarte es gravísima. Pero esto no pasa sólo en Europa; sucede un poco en todas partes, aunque en Europa se deja sentir con fuerza. Se hace una comparación con la cultura del bienestar de 10 años atrás. Esto es trágico. Es un momento difícil. Es un sistema económico inhumano. No he tenido miedo de escribir en la exhortación “Evangelii Gaudium”: este sistema económico mata. Y lo repito. No sé si me he acercado un poco a su inquietud... Gracias.

(Padre Lombardi)

Ahora le corresponde al grupo de lengua portuguesa.

P. Quisiera preguntarle, Santidad cómo se puede resolver la “cuestión Jerusalén” para lograr una paz estable, como Usted ha dicho, y duradera. Gracias.

R. (Santo Padre)

Hay muchas propuestas sobre la cuestión de Jerusalén. La Iglesia católica, el Vaticano, digamos, tiene su posición desde el punto de vista religioso: será la ciudad de la paz de las tres religiones. Esto desde el punto de vista religioso. Las medidas concretas para la paz deben salir de la negociación. Hay que negociar. Yo estaría de acuerdo con que en la negociación, quizás, venga esta parte: que sea capital de un Estado, del otro... Pero se trata de hipótesis. Yo no digo: “Debe ser así”; no, son hipótesis que ellos deben negociar. En serio, yo no me siento competente para decir “Se haga esto o eso otro o aquello”, porque sería una locura por mi parte. Pero creo que se debe emprender con honestidad, fraternidad, confianza mutua el camino de la negociación. Y allí se negocia todo: todo el territorio, también las relaciones. Hay que tener voluntad para hacer esto, y yo pido al Señor para que estos dos dirigentes, estos dos gobiernos tengan la decisión de ir adelante. Ésta es la única vía de la paz. Sólo digo lo que la Iglesia debe decir y siempre ha dicho: que Jerusalén sea preservada como capital de las tres religiones, como referencia, como ciudad de la paz –me viene también la palabra sagrada, pero no es justa-, pero de paz y religiosa.

(Padre Lombardi)

Gracias, Santidad. Ahora invitamos a venir al representante de lengua alemana.

P. Gracias, Santidad. Usted, durante su peregrinación, ha hablado detenidamente y se ha encontrado en repetidas ocasiones con el Patriarca Bartolomé. Nos preguntamos si han hablado también de pasos concretos de acercamiento, y si han tenido ocasión de hablar de esto. Me pregunto también si la Iglesia católica tendría algo que aprender de las Iglesias ortodoxas –me refiero a los sacerdotes casados, una pregunta que se hacen muchos católicos en Alemania–.

R. (Santo Padre)

La Iglesia católica tiene sacerdotes casados, ¿no? Los greco-católicos, los católicos coptos..., ¿no? En el rito oriental, hay sacerdotes casados. Porque el celi-

bato no es un dogma de fe, es una regla de vida que yo valoro mucho y creo que es un don para la Iglesia. No siendo un dogma de fe, siempre está la puerta abierta: en este momento no hemos hablado de esto, como programa, al menos por este tiempo. Tenemos cosas más fuertes de que ocuparnos. Con Bartolomé, este tema no lo hemos tocado, porque es secundario, de verdad, en las relaciones con los ortodoxos. Hemos hablado de la unidad: pero la unidad se construye a lo largo del camino, la unidad es un camino. Nunca podremos hacer la unidad en un congreso de teología. Y me ha dicho que es verdad lo que yo había oído, que Atenágoras dijo a Pablo VI: “Vayamos juntos, tranquilos, y a todos los teólogos los metemos en una isla, que discutan entre ellos, y nosotros caminemos en la vida”. Es verdad, yo creía que era... No, no, es verdad. Me lo ha dicho en estos días Bartolomé. Caminar juntos, rezar juntos, colaborar en tantas cosas que podemos hacer juntos, ayudarnos mutuamente. Por ejemplo, con las iglesias. En Roma, y en muchas ciudades, muchos ortodoxos usan iglesias católicas en un horario concreto, como una ayuda para este *ir juntos*. Otra cosa de la que hemos hablado, que quizás en el Consejo pan-ortodoxo se haga algo, es la fecha de la Pascua, porque es un poco ridículo: –Dime, ¿tu Cristo cuándo resucita? –La próxima semana. –El mío resucitó la pasada. Sí, la fecha de Pascua es un signo de unidad. Y con Bartolomé hemos hablado como hermanos. Nos queremos, compartimos las dificultades en nuestro gobierno. Y una cosa de la que hemos hablado mucho es del problema de la ecología: él está muy preocupado, y yo también; hemos hablado mucho de colaborar en este problema. Gracias.

(Padre Lombardi)

Ahora, dado que no estamos sólo europeos o americanos, sino también asiáticos, damos la palabra al representante del grupo asiático para que haga la siguiente pregunta, ya que Usted se está preparando también para viajar a Asia.

P. Su próximo viaje será a Corea del Sur, y me gustaría preguntarle sobre las regiones asiáticas. En países vecinos a Corea del Sur no hay libertad de religión ni libertad de expresión. ¿Qué piensa hacer a favor de las personas que sufren estas situaciones?

R. (Santo Padre)

En cuanto a Asia, hay dos viajes programados: el de Corea del Sur, para el encuentro con los jóvenes asiáticos, y después, en enero, un viaje de dos días a Sri Lanka y luego a Filipinas, a la zona que sufrió el tifón. El problema de la falta de libertad para practicar la religión no es sólo de algunos países asiáticos: de algu-

nos, sí, pero también de otros países del mundo. La libertad religiosa es una cosa que no todos los países tienen. Algunos tienen un control más o menos laxo, tranquilo; otros adoptan medidas que acaban en una verdadera persecución de los creyentes. Hay mártires. Hay mártires hoy, mártires cristianos. Católicos y no católicos, pero mártires. Y en algunos lugares no se puede llevar el crucifijo o no puedes tener la Biblia. No puedes enseñar el catecismo a los niños, ¡hoy! Y yo creo –pero pienso que no estoy equivocado– que en este tiempo hay más mártires que en los primeros tiempos de la Iglesia. Tenemos que acercarnos, en algunos lugares con prudencia, para ayudarlos; tenemos que rezar mucho por estas Iglesias que sufren: sufren mucho. Y también los Obispos y la Santa Sede trabaja con discreción para ayudar a estos países, a los cristianos de estos países. Pero no es fácil. Por ejemplo, te cuento una cosa. En un país está prohibido reunirse para rezar: está prohibido. Los cristianos que viven allí quieren celebrar la Eucaristía. Y hay un señor, que trabaja como los demás, que es sacerdote. Y va allí, a la mesa, como si estuvieran tomando el té, y celebran la Eucaristía. Si viene la policía, esconden rápidamente los libros y se ponen a tomar el té. Esto sucede *hoy*. No es fácil.

(Padre Lombardi)

Volvemos ahora al grupo de lengua italiana.

D. Santidad, en su Pontificado, Usted afronta una gran cantidad de compromisos y lo hace de manera muy personal, como hemos podido ver estos días. Si un día, digamos todavía muy lejano, sintiese que no tiene fuerzas para llevar adelante su ministerio, ¿tomaría la misma decisión de su predecesor, es decir, dejaría el pontificado?

R. (Santo Padre)

Haré lo que el Señor me diga que haga. Orar, buscar la voluntad de Dios. Pero creo que Benedicto XVI no es un caso único. Cuando se vio sin fuerzas, honestamente –es un hombre de fe, muy humilde– tomó la decisión. Creo que él es una institución. Hace 70 años, los obispos eméritos casi no existían. Y ahora hay muchos. ¿Qué sucederá con los Papas eméritos? Creo que hemos de verle como una institución. Ha abierto una puerta, la puerta de los Papas eméritos. Habrá otros, o no. Sólo Dios lo sabe. Pero esta puerta está abierta: yo creo que un Obispo de Roma, un Papa que siente que sus fuerzas le abandonan –porque ahora se vive mucho tiempo– debe hacerse las mismas preguntas que se hizo el Papa Benedicto.

(Padre Lombardi)

Ahora volvemos a los grupos de lengua inglesa.

D. Santo Padre, justamente hoy se ha encontrado con un grupo de supervivientes del Holocausto. Obviamente, Usted sabe bien que una figura que suscita todavía perplejidad por su actuación durante el Holocausto es su predecesor el Papa Pío XII. Usted, antes de su pontificado, escribió o dijo que apreciaba a Pío XII, pero también que le gustaría ver los archivos abiertos antes de llegar a una conclusión definitiva. Nos gustaría saber si Usted tiene la intención de seguir adelante con la causa de Pío XII o piensa esperar que se produzca algún cambio en el proceso antes de tomar una decisión. Gracias.

R. (Santo Padre)

Gracias a usted. La causa de Pío XII está abierta. Me he informado: todavía no hay ningún milagro, y si no hay milagros, no se puede ir adelante. Está parada ahí. Tenemos que esperar la realidad, cómo va la realidad de esa causa, y después pensar en tomar decisiones. Pero la verdad es ésta: no hay ningún milagro y es necesario al menos uno para la beatificación. Así es como está hoy la causa de Pío XII. Y no puedo pensar si lo haré Beato o no, porque el proceso es lento. Gracias.

(Padre Lombardi)

Ahora vamos a Argentina. Otra pregunta del grupo de lengua española.

P. Usted se ha convertido en un líder espiritual, también en un líder político, y está generando muchas expectativas tanto dentro de la Iglesia como en la comunidad internacional. Dentro de la Iglesia, por ejemplo, qué pasará con la comunión de los divorciados que se vuelven a casar y, en la comunidad internacional, con esta mediación con la que Usted ha sorprendido al mundo, para la que se hará este encuentro en el Vaticano. La pregunta es si no teme un fracaso generando tantas expectativas: ¿no teme que pueda haber algún fracaso? Gracias.

R. (Santo Padre)

En primer lugar, haré una aclaración sobre este encuentro en el Vaticano: será un encuentro de oración, no es para una mediación o para buscar soluciones, no. Nos reuniremos para rezar solamente. Y luego cada uno vuelve a su casa. Pero creo que la oración es importante y rezar juntos, sin que haya conversaciones de otro tipo, esto ayuda. Quizás no me he explicado bien antes sobre cómo

sería. Será un encuentro de oración: habrá un rabino, habrá un musulmán y estaré yo. He pedido al Custodio de Tierra Santa que se encargue de organizar un poco las cosas prácticas.

En segundo lugar –y gracias por la pregunta sobre los divorciados–, el Sínodo será sobre la familia, sobre la cuestión de la familia, sobre la riqueza de la familia, sobre la situación actual de la familia. La exposición preliminar que hizo el Cardenal Kasper tenía cinco capítulos: cuatro sobre la familia, la belleza de la familia, su fundamento teológico, algunos problemas familiares; y el quinto capítulo, la problemática pastoral de las separaciones, de las nulidades matrimoniales, los divorciados... De esta problemática forma parte lo de la comunión. Y a mí no me ha gustado que tantas personas –incluso de Iglesia, sacerdotes– hayan dicho: “Ah, el Sínodo para la comunión a los divorciados”, y se hayan centrado en eso, en ese punto. Me da la impresión como si todo se redujera a una casuística. No, hay más, es más amplio. Hoy, como todos sabemos, la familia está en crisis: es una crisis mundial. Los jóvenes no quieren casarse, o no se casan o conviven, el matrimonio está en crisis, y también la familia. Y no me gustaría que cayésemos en esta casuística: ¿se podrá? ¿no se podrá?... Por eso le agradezco tanto esta pregunta, porque me da la oportunidad de aclarar este punto. El problema pastoral de la familia es muy, muy amplio, muy amplio. Y se debe estudiar caso por caso. Una cosa que Benedicto XVI dijo tres veces sobre los divorciados, a mí me ayuda mucho. Una vez en el Valle de Aosta, otra vez en Milán y la tercera en el último Consistorio público que convocó para la creación de Cardenales: estudiar los procesos de nulidad matrimonial, estudiar la fe con la que una persona va al matrimonio y dejar claro que los divorciados no están excomulgados, y muchas veces son tratados como excomulgados. Y esto es serio. Esto en cuanto a la casuística de este problema; el Sínodo será *sobre la familia*: las riquezas, los problemas de la familia. Soluciones, nulidades, todo esto. Y se tratará también este problema, pero en el conjunto. Ahora me gustaría decirle *por qué* un Sínodo sobre la familia: ésta ha sido una experiencia espiritual muy fuerte para mí. El segundo mes de mi pontificado, vino a verme Mons. Eterovic, entonces Secretario del Sínodo, con los tres temas que el Consejo postsinodal proponía para el próximo Sínodo. El primero era muy fuerte, bueno: la aportación de Jesucristo al hombre de hoy. Ése era el título. Y en continuación con el Sínodo sobre la evangelización. Le dije que sí, hablamos un poco sobre la reforma de la metodología y, al final, le dije: “Pongamos algo más: la aportación de Jesucristo al hombre de hoy y a la familia”. De acuerdo. Después, fui a la primera reunión del Consejo postsinodal y vi que se decía el título completo, todo completo, pero poco a poco se decía: “Sí, sí, la

aportación a la familia”, “¿Qué aporta Jesucristo a la familia?”... y sin darse cuenta, la comisión postsinodal acabó hablando de la familia. Estoy seguro que ha sido el Espíritu del Señor el que nos ha llevado a la elección de este título: estoy seguro porque hoy la familia tiene necesidad de mucha ayuda pastoral. Gracias.

(Padre Lombardi)

Ahora toca al grupo francés.

P. ¿Nos podría decir, Santidad, qué obstáculos ha encontrado en su reforma de la Curia Romana y en qué punto nos encontramos actualmente?

R. (Santo Padre)

Bien... el primer obstáculo soy yo [ríe]. No, estamos a buen punto, porque creo que... no recuerdo la fecha, pero tres meses o poco menos después de la elección fue nombrado el Consejo de los ocho Cardenales.

(Padre Lombardi)

Un mes después de la elección.

R. (Santo Padre)

Un mes después de la elección. Después, los primeros días de julio nos reunimos por primera vez y desde ese momento estamos trabajando. ¿Qué hace el Consejo? El Consejo estudia toda la Constitución *Pastor Bonus* y la Curia Romana. Ha consultado a todo el mundo, a toda la Curia y empieza a estudiar algunas cosas: “Esto se puede hacer de esta manera, eso de otra...”. Agrupar algunos dicasterios, por ejemplo, para simplificar un poco la organización... Uno de los puntos clave ha sido el económico, y ese dicasterio de la economía ayudará mucho. Debe trabajar junto con la Secretaría de Estado, porque las cosas están relacionadas, se hace todo juntos... Ahora tenemos, en julio, cuatro días de trabajo con esta Comisión, y después en septiembre, creo, otros cuatro. Se trabaja, se trabaja bastante. Y todavía no se ven todos los resultados, pero la parte económica es la que se ha abordado en primer lugar porque había algunos problemas de los que la prensa ha hablado mucho, y teníamos que revisarlos. Los obstáculos son los normales en todo el proceso. Estudiar el camino... La convicción es muy importante. Un trabajo de convicción, de ayudar... Hay algunas personas que no lo ven claro, pero toda reforma lleva consigo estas cosas. Pero estoy contento: de verdad, estoy contento. Se ha trabajado mucho y esta comisión nos ayuda mucho. Gracias.

(Padre Lombardi)

Santidad, gracias por su disponibilidad, perdone si interrumpo su conversación: Usted ha sido muy generoso, sobre todo después de un extraordinario viaje que nos ha emocionado a todos, no digo como a Usted, pero casi. Hemos estado muy atentos a los momentos de emoción espiritual que Usted ha vivido en los Santos Lugares, y le hemos escuchado y nos ha conmovido. Le deseamos que continúe bien este viaje y todas las otras infinitas cosas que impulsa continuamente, también en particular este encuentro de oración, continuación natural y colofón de este viaje: que dé los frutos que Usted espera y que, creo, todos deseamos para la paz en el mundo. ¡Gracias, de corazón, Santidad!

(Santo Padre)

Muchas gracias por su compañía, por su benevolencia... y, por favor, les pido que recen por mí. Lo necesito mucho. Gracias.

INVOCACIÓN POR LA PAZ PALABRAS DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Jardines Vaticanos

Domingo 8 de junio de 2014

*Señores Presidentes,
Santidad,
hermanos y hermanas:*

Los saludo con gran alegría, y deseo ofrecerles, a ustedes y a las distinguidas Delegaciones que les acompañan, la misma bienvenida calurosa que me han deparado en mi reciente peregrinación a Tierra Santa.

Gracias desde el fondo de mi corazón por haber aceptado mi invitación a venir aquí para implorar de Dios, juntos, el don de la paz. Espero que este encuentro sea un camino en busca de lo que une, para superar lo que divide.

Y gracias a Vuestra Santidad, venerado hermano Bartolomé, por estar aquí conmigo para recibir a estos ilustres huéspedes. Su participación es un gran don, un valioso apoyo y testimonio de la senda que, como cristianos, estamos siguiendo hacia la plena unidad.

Su presencia, Señores Presidentes, es un gran signo de fraternidad, que hacen como hijos de Abraham, y expresión concreta de confianza en Dios, Señor de la historia, que hoy nos mira como hermanos uno de otro, y desea conducirnos por sus vías.

Este encuentro nuestro para invocar la paz en Tierra Santa, en Medio Oriente y en todo el mundo, está acompañado por la oración de tantas personas, de diferentes culturas, naciones, lenguas y religiones: personas que han rezado por este encuentro y que ahora están unidos a nosotros en la misma invocación. Es un encuentro que responde al deseo ardiente de cuantos anhelan la paz, y sueñan con un mundo donde hombres y mujeres puedan vivir como hermanos y no como adversarios o enemigos.

Señores Presidentes, el mundo es un legado que hemos recibido de nuestros

antepasados, pero también un préstamo de nuestros hijos: hijos que están cansados y agotados por los conflictos y con ganas de llegar a los albores de la paz; hijos que nos piden derribar los muros de la enemistad y tomar el camino del diálogo y de la paz, para que triunfen el amor y la amistad.

Muchos, demasiados de estos hijos han caído víctimas inocentes de la guerra y de la violencia, plantas arrancadas en plena floración. Es deber nuestro lograr que su sacrificio no sea en vano. Que su memoria nos infunda el valor de la paz, la fuerza de perseverar en el diálogo a toda costa, la paciencia para tejer día tras día el entramado cada vez más robusto de una convivencia respetuosa y pacífica, para gloria de Dios y el bien de todos.

Para conseguir la paz, se necesita valor, mucho más que para hacer la guerra. Se necesita valor para decir sí al encuentro y no al enfrentamiento; sí al diálogo y no a la violencia; sí a la negociación y no a la hostilidad; sí al respeto de los pactos y no a las provocaciones; sí a la sinceridad y no a la doblez. Para todo esto se necesita valor, una gran fuerza de ánimo.

La historia nos enseña que nuestras fuerzas no son suficientes. Más de una vez hemos estado cerca de la paz, pero el maligno, por diversos medios, ha conseguido impedirla. Por eso estamos aquí, porque sabemos y creemos que necesitamos la ayuda de Dios. No renunciamos a nuestras responsabilidades, pero invocamos a Dios como un acto de suprema responsabilidad, de cara a nuestras conciencias y de frente a nuestros pueblos. Hemos escuchado una llamada, y debemos responder: la llamada a romper la espiral del odio y la violencia; a doblegarla con una sola palabra: «hermano». Pero para decir esta palabra, todos debemos levantar la mirada al cielo, y reconocernos hijos de un solo Padre.

A él me dirijo yo, en el Espíritu de Jesucristo, pidiendo la intercesión de la Virgen María, hija de Tierra Santa y Madre nuestra.

Señor, Dios de paz, escucha nuestra súplica.

Hemos intentado muchas veces y durante muchos años resolver nuestros conflictos con nuestras fuerzas, y también con nuestras armas; tantos momentos de hostilidad y de oscuridad; tanta sangre derramada; tantas vidas destrozadas; tantas esperanzas abatidas... Pero nuestros esfuerzos han sido en vano. Ahora, Señor, ayúdanos tú. Danos tú la paz, enséñanos tú la paz, guíanos tú hacia la paz. Abre nuestros ojos y nuestros corazones, y danos la valentía para decir: «¡Nunca más la guerra!»; «con la guerra, todo queda destruido». Infúndenos el valor de llevar a cabo gestos concretos para construir la paz. Señor, Dios de Abraham y los Profetas, Dios amor que nos has creado y nos llamas a vivir como hermanos, danos la fuerza para ser cada día artesa-

nos de la paz; danos la capacidad de mirar con benevolencia a todos los hermanos que encontramos en nuestro camino. Haznos disponibles para escuchar el clamor de nuestros ciudadanos que nos piden transformar nuestras armas en instrumentos de paz, nuestros temores en confianza y nuestras tensiones en perdón. Mantén encendida en nosotros la llama de la esperanza para tomar con paciente perseverancia opciones de diálogo y reconciliación, para que finalmente triunfe la paz. Y que sean desterradas del corazón de todo hombre estas palabras: división, odio, guerra. Señor, desarma la lengua y las manos, renueva los corazones y las mentes, para que la palabra que nos lleva al encuentro sea siempre «hermano», y el estilo de nuestra vida se convierta en shalom, paz, salam. Amén.

HOMILÍAS

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

XXIX JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Domingo 13 de abril de 2014

Esta semana comienza con una procesión festiva con ramos de olivo: todo el pueblo acoge a Jesús. Los niños y los jóvenes cantan, alaban a Jesús.

Pero esta semana se encamina hacia el misterio de la muerte de Jesús y de su resurrección. Hemos escuchado la Pasión del Señor. Nos hará bien hacernos una sola pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo ante mi Señor? ¿Quién soy yo ante Jesús que entra con fiesta en Jerusalén? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo? ¿O guardo las distancias? ¿Quién soy yo ante Jesús que sufre?

Hemos oído muchos nombres, tantos nombres. El grupo de dirigentes religiosos, algunos sacerdotes, algunos fariseos, algunos maestros de la ley, que habían decidido matarlo. Estaban esperando la oportunidad de apresarlo. ¿Soy yo como uno de ellos?

También hemos oído otro nombre: Judas. Treinta monedas. ¿Yo soy como Judas? Hemos escuchado otros nombres: los discípulos que no entendían nada, que se durmieron mientras el Señor sufría. Mi vida, ¿está adormecida? ¿O soy como los discípulos, que no entendían lo que significaba traicionar a Jesús? ¿O como aquel otro discípulo que quería resolverlo todo con la espada? ¿Soy yo como ellos? ¿Soy yo como Judas, que finge amar y besa al Maestro para entregarlo, para traicionarlo? ¿Soy yo, un traidor? ¿Soy como aquellos dirigentes que organizan a toda prisa un tribunal y buscan falsos testigos? ¿Soy como ellos? Y cuando hago esto, si lo hago, ¿creo que de este modo salvo al pueblo?

¿Soy yo como Pilato? Cuando veo que la situación se pone difícil, ¿me lavo las manos y no sé asumir mi responsabilidad, dejando que condenen – o condeñando yo mismo – a las personas?

¿Soy yo como aquel gentío que no sabía bien si se trataba de una reunión religiosa, de un juicio o de un circo, y que elige a Barrabás? Para ellos da igual: era más divertido, para humillar a Jesús.

¿Soy como los soldados que golpean al Señor, le escupen, lo insultan, se divierten humillando al Señor?

¿Soy como el Cireneo, que volvía del trabajo, cansado, pero que tuvo la buena voluntad de ayudar al Señor a llevar la cruz?

¿Soy como aquellos que pasaban ante la cruz y se burlaban de Jesús : «¡Él era tan valiente!... Que baje de la cruz y creeremos en él»? Mofarse de Jesús...

¿Soy yo como aquellas mujeres valientes, y como la Madre de Jesús, que estaban allí y sufrían en silencio?

¿Soy como José, el discípulo escondido, que lleva el cuerpo de Jesús con amor para enterrarlo?

¿Soy como las dos Marías que permanecen ante el sepulcro llorando y rezando?

¿Soy como aquellos jefes que al día siguiente fueron a Pilato para decirle: «Mira que éste ha dicho que resucitaría. Que no haya otro engaño», y bloquean la vida, bloquean el sepulcro para defender la doctrina, para que no salte fuera la vida?

¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de estas personas me parezco? Que esta pregunta nos acompañe durante toda la semana.

SANTA MISA CRISMAL

UNGIDOS CON ÓLEO DE ALEGRÍA

Jueves Santo, 17 de abril de 2014

Queridos hermanos en el sacerdocio. En el Hoy del Jueves Santo, en el que Cristo nos amó hasta el extremo (cf. *Jn 13, 1*), hacemos memoria del día feliz de la Institución del sacerdocio y del de nuestra propia ordenación sacerdotal. El Señor nos ha ungido en Cristo con óleo de alegría y esta unción nos invita a recibir y hacernos cargo de este gran regalo: la alegría, el gozo sacerdotal. La alegría del sacerdote es un bien precioso no sólo para él sino también para todo el pueblo fiel de Dios: ese pueblo fiel del cual es llamado el sacerdote para ser ungido y al que es enviado para ungir.

Ungidos con óleo de alegría para ungir con óleo de alegría. La alegría sacerdotal tiene su fuente en el Amor del Padre, y el Señor desea que la alegría de este Amor “esté en nosotros” y “sea plena” (*Jn 15,11*). Me gusta pensar la alegría contemplando a Nuestra Señora: María, la “madre del Evangelio viviente, es manantial de alegría para los pequeños” (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288), y creo que no exageramos si decimos que el sacerdote es una persona muy pequeña: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso nuestra oración protectora contra toda insidia del Maligno es la oración de nuestra Madre: soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez (cf. *Lc 1,48*). Y desde esa pequeñez asumimos nuestra alegría. ¡Alegría en nuestra pequeñez!

Encuentro tres rasgos significativos en nuestra alegría sacerdotal: es una alegría que nos unge (no que nos unta y nos vuelve untuosos, suntuosos y presuntuosos), es una alegría *incorruptible* y es una alegría *misionera* que irradia y atrae a todos, comenzando al revés: por los más lejanos.

Una alegría que nos unge. Es decir: penetró en lo íntimo de nuestro corazón,

lo configuró y lo fortaleció sacramentalmente. Los signos de la liturgia de la ordenación nos hablan del deseo maternal que tiene la Iglesia de transmitir y comunicar todo lo que el Señor nos dio: la imposición de manos, la unción con el santo Crisma, el revestimiento con los ornamentos sagrados, la participación inmediata en la primera Consagración... La gracia nos colma y se derrama íntegra, abundante y plena en cada sacerdote. Ungidos hasta los huesos... y nuestra alegría, que brota desde dentro, es el eco de esa unción.

Una alegría incorruptible. La integridad del Don, a la que nadie puede quitar ni agregar nada, es fuente incesante de alegría: una alegría incorruptible, que el Señor prometió, que nadie nos la podrá quitar (cf. *Jn 16,22*). Puede estar adormecida o taponada por el pecado o por las preocupaciones de la vida pero, en el fondo, permanece intacta como el rescoldo de un tronco encendido bajo las cenizas, y siempre puede ser renovada. La recomendación de Pablo a Timoteo sigue siendo actual: Te recuerdo que atices el fuego del don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos (cf. *2 Tm 1,6*).

Una alegría misionera. Este tercer rasgo lo quiero compartir y recalcar especialmente: la alegría del sacerdote está en íntima relación con el santo pueblo fiel de Dios porque se trata de una alegría eminentemente misionera. La unción es para ungir al santo pueblo fiel de Dios: para bautizar y confirmar, para curar y consagrar, para bendecir, para consolar y evangelizar.

Y como es una alegría que sólo fluye cuando el pastor está en medio de su rebaño (también en el silencio de la oración, el pastor que adora al Padre está en medio de sus ovejitas) es una “alegría custodiada” por ese mismo rebaño. Incluso en los momentos de tristeza, en los que todo parece ensombrecerse y el vértigo del aislamiento nos seduce, esos momentos apáticos y aburridos que a veces nos sobrevienen en la vida sacerdotal (y por los que también yo he pasado), aun en esos momentos el pueblo de Dios es capaz de custodiar la alegría, es capaz de protegerte, de abrazarte, de ayudarte a abrir el corazón y reencontrar una renovada alegría.

“Alegría custodiada” por el rebaño y custodiada también por tres hermanas que la rodean, la cuidan, la defienden: la hermana pobreza, la hermana fidelidad y la hermana obediencia.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la pobreza. El sacerdote es pobre en alegría meramente humana ¡ha renunciado a tanto! Y como es pobre, él, que da tantas cosas a los demás, la alegría tiene que pedírsela al Señor y al pueblo fiel de Dios. No se la tiene que procurar a sí mismo. Sabemos que nuestro pueblo es generosísimo en agradecer a los sacerdotes los mínimos gestos de ben-

dición y de manera especial los sacramentos. Muchos, al hablar de crisis de identidad sacerdotal, no caen en la cuenta de que la identidad supone pertenencia. No hay identidad –y por tanto alegría de ser– sin pertenencia activa y comprometida al pueblo fiel de Dios (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 268). El sacerdote que pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando introspectivamente en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen “salida”: sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo, el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda. Salir de sí mismo supone despojo de sí, entraña pobreza.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la fidelidad. No principalmente en el sentido de que seamos todos “inmaculados” (ojalá con la gracia lo seamos) ya que somos pecadores, pero sí en el sentido de renovada fidelidad a la única Esposa, a la Iglesia. Aquí es clave la fecundidad. Los hijos espirituales que el Señor le da a cada sacerdote, los que bautizó, las familias que bendijo y ayudó a caminar, los enfermos a los que sostiene, los jóvenes con los que comparte la catequesis y la formación, los pobres a los que socorre... son esa “Esposa” a la que le alegra tratar como predilecta y única amada y serle renovadamente fiel. Es la Iglesia viva, con nombre y apellido, que el sacerdote pastorea en su parroquia o en la misión que le fue encomendada, la que lo alegra cuando le es fiel, cuando hace todo lo que tiene que hacer y deja todo lo que tiene que dejar con tal de estar firme en medio de las ovejas que el Señor le encomendó: Apacienta mis ovejas (cf. *Jn* 21,16.17).

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la obediencia. Obediencia a la Iglesia en la Jerarquía que nos da, por decirlo así, no sólo el marco más externo de la obediencia: la parroquia a la que se me envía, las licencias ministeriales, la tarea particular... sino también la unión con Dios Padre, del que desciende toda paternidad. Pero también la obediencia a la Iglesia en el servicio: disponibilidad y prontitud para servir a todos, siempre y de la mejor manera, a imagen de “Nuestra Señora de la prontitud” (cf. *Lc* 1,39: *meta spoudes*), que acude a servir a su prima y está atenta a la cocina de Caná, donde falta el vino. La disponibilidad del sacerdote hace de la Iglesia casa de puertas abiertas, refugio de pecadores, hogar para los que viven en la calle, casa de bondad para los enfermos, campamento para los jóvenes, aula para la catequesis de los pequeños de primera comunión... Donde el pueblo de Dios tiene un deseo o una necesidad, allí está el sacerdote que sabe oír (*ob-audire*) y siente un mandato amoroso de Cristo que lo envía

a socorrer con misericordia esa necesidad o a alentar esos buenos deseos con caridad creativa.

El que es llamado sea consciente de que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor que, compadecido entrañablemente de todos los pequeños y excluidos de esta tierra que andan agobiados y oprimidos como ovejas que no tienen pastor, quiso asociar a muchos a su ministerio para estar y obrar Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, para bien de su pueblo.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que haga descubrir a muchos jóvenes ese ardor del corazón que enciende la alegría apenas uno tiene la audacia feliz de responder con prontitud a su llamado.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que cuide el brillo alegre en los ojos de los recién ordenados, que salen a comerse el mundo, a desgastarse en medio del pueblo fiel de Dios, que gozan preparando la primera homilía, la primera misa, el primer bautismo, la primera confesión... Es la alegría de poder compartir –maravillados–, por vez primera como ungidos, el tesoro del Evangelio y sentir que el pueblo fiel te vuelve a ungir de otra manera: con sus pedidos, poniéndote la cabeza para que los bendigas, tomándote las manos, acercándose a sus hijos, pidiendo por sus enfermos... Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de salir, de hacerlo todo como nuevo, la alegría de quemar la vida por ti.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que confirme la alegría sacerdotal de los que ya tienen varios años de ministerio. Esa alegría que, sin abandonar los ojos, se sitúa en las espaldas de los que soportan el peso del ministerio, esos curas que ya le han tomado el pulso al trabajo, reagrupan sus fuerzas y se rearman: “cambian el aire”, como dicen los deportistas. Cuida Señor la profundidad y sabia madurez de la alegría de los curas adultos. Que sepan rezar como Nehemías: “la alegría del Señor es mi fortaleza” (cf. Ne 8,10).

Por fin, en este Jueves sacerdotal, pido al Señor Jesús que resplandezca la alegría de los sacerdotes ancianos, sanos o enfermos. Es la alegría de la Cruz, que mana de la conciencia de tener un tesoro incorruptible en una vasija de barro que se va deshaciendo. Que sepan estar bien en cualquier lado, sintiendo en la fugacidad del tiempo el gusto de lo eterno (Guardini). Que sientan, Señor, la alegría de pasar la antorcha, la alegría de ver crecer a los hijos de los hijos y de saludar, sonriendo y mansamente, las promesas, en esa esperanza que no defrauda.

CELEBRACIÓN DE LA VIGILIA PASCUAL

Sábado Santo, 19 de abril de 2014

El Evangelio de la resurrección de Jesucristo comienza con el ir de las mujeres hacia el sepulcro, temprano en la mañana del día después del sábado. Se dirigen a la tumba, para honrar el cuerpo del Señor, pero la encuentran abierta y vacía. Un ángel poderoso les dice: «Vosotras no tengáis miedo» (Mt 28,5), y les manda llevar la noticia a los discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7). Las mujeres se marcharon a toda prisa y, durante el camino, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (v. 10). «No tengáis miedo», «no temáis»: es una voz que anima a abrir el corazón para recibir este mensaje».

Después de la muerte del Maestro, los discípulos se habían dispersado; su fe se deshizo, todo parecía que había terminado, derrumbadas las certezas, muertas las esperanzas. Pero entonces, aquel anuncio de las mujeres, aunque increíble, se presentó como un rayo de luz en la oscuridad. La noticia se difundió: Jesús ha resucitado, como había dicho... Y también el mandato de ir a *Galilea*; las mujeres lo habían oído por dos veces, primero del ángel, después de Jesús mismo: «Que vayan a Galilea; allí me verán». «No temáis» y «vayan a Galilea».

Galilea es *el lugar de la primera llamada, donde todo empezó*. Volver allí, volver al lugar de la primera llamada. Jesús pasó por la orilla del lago, mientras los pescadores estaban arreglando las redes. Los llamó, y ellos lo dejaron todo y lo siguieron (cf. Mt 4,18-22).

Volver a Galilea quiere decir releer todo a partir de la cruz y de la victoria; sin miedo, «no temáis». Releer todo: la predicación, los milagros, la nueva comunidad, los entusiasmos y las defecciones, hasta la traición; releer todo a partir del final, que es un nuevo comienzo, *de este acto supremo de amor*.

También *para cada uno de nosotros hay una «Galilea»* en el comienzo del camino con Jesús. «Ir a Galilea» tiene un significado bonito, significa para nosotros redescubrir nuestro bautismo como fuente viva, sacar energías nuevas de la raíz de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana. Volver a Galilea significa sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó

al comienzo del camino. Con esta chispa puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esta chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena.

En la vida del cristiano, después del bautismo, hay también otra «Galilea», una «Galilea» más existencial: la experiencia del *encuentro personal con Jesucristo*, que me ha llamado a seguirlo y participar en su misión. En este sentido, volver a Galilea significa custodiar en el corazón la memoria viva de esta llamada, cuando Jesús pasó por mi camino, me miró con misericordia, me pidió seguirlo; volver a Galilea significa recuperar la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos, el momento en que me hizo sentir que me amaba.

Hoy, en esta noche, cada uno de nosotros puede preguntarse: *¿Cuál es mi Galilea?* Se trata de hacer memoria, regresar con el recuerdo. *¿Dónde está mi Galilea?* ¿La recuerdo? ¿La he olvidado? Búscala y la encontrarás. Allí te espera el Señor. He andado por caminos y senderos que me la han hecho olvidar. Señor, ayúdame: dime cuál es mi Galilea; sabes, yo quiero volver allí para encontrarte y dejarme abrazar por tu misericordia. No tengáis miedo, no temáis, volved a Galilea.

El evangelio es claro: es necesario volver allí, para ver a Jesús resucitado, y convertirse en testigos de su resurrección. No es un volver atrás, no es una nostalgia. Es volver al primer amor, para *recibir el fuego* que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, a todos los extremos de la tierra. Volver a Galilea sin miedo.

«Galilea de los gentiles» (Mt 4,15; Is 8,23): horizonte del Resucitado, horizonte de la Iglesia; deseo intenso de encuentro... ¡Pongámonos en camino!

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA CANONIZACIÓN DE SAN JOSÉ DE ANCHIETA, SACERDOTE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Jueves 24 de abril de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio que acabamos de escuchar los discípulos no alcanzan a creer la alegría que tienen, porque no pueden creer a causa de esa alegría. Así dice el Evangelio. Miremos la escena: Jesús ha resucitado, los discípulos de Emaús han narrado su experiencia, Pedro también cuenta que lo vio, luego el mismo Señor se aparece en la sala y les dice: “Paz a ustedes”. Varios sentimientos irrumpen en el corazón de los discípulos: miedo, sorpresa, duda y, por fin, alegría. Una alegría tan grande que por esta alegría “no alcanzaban a creer”. Estaban atónitos, pasmados, y Jesús, casi esbozando una sonrisa, les pide algo de comer y comienza a explicarles, despacio, la Escritura, abriendo su entendimiento para que puedan comprenderla. Es el momento del estupor, del encuentro con Jesucristo, donde tanta alegría nos parece mentira; más aún, asumir el gozo y la alegría en ese momento nos resulta arriesgado y sentimos la tentación de refugiarnos en el escepticismo, “no es para tanto”. Es más fácil creer en un fantasma que en Cristo vivo. Es más fácil ir a un nigromante que te adivine el futuro, que te tire las cartas, que fiarse de la esperanza de un Cristo triunfante, de un Cristo que venció la muerte. Es más fácil una idea, una imaginación, que la docilidad a ese Señor que surge de la muerte y ¡vaya a saber a qué cosas te invita! Ese proceso de relativizar tanto la fe que nos termina alejando del encuentro, alejando de la caricia de Dios. Es como si “destiláramos” la realidad del encuentro con Jesucristo en el alambique del miedo, en el alambique de la excesiva seguridad, del querer controlar nosotros mismos el encuentro. Los discípulos le tenían miedo a la alegría... Y nosotros también.

La lectura de los Hechos de los apóstoles nos habla de un paralítico. Escuchamos solamente la segunda parte de esa historia, pero todos conocemos la transformación de este hombre, lisiado de nacimiento, postrado a la puerta del

Templo para pedir limosna, sin atravesar nunca su umbral, y cómo sus ojos se clavaron en los apóstoles, esperando que le diesen algo. Pedro y Juan no le podían dar nada de lo que él buscaba: ni oro, ni plata. Y él, que se había quedado siempre a la puerta, ahora entra por su pie, dando brincos, y alabando a Dios, celebrando sus maravillas. Y su alegría es contagiosa. Eso es lo que nos dice hoy la Escritura: la gente se llenaba de estupor, y asombrada acudía corriendo, para ver esa maravilla. En medio de ese barullo, de esa admiración, Pedro anuncia el mensaje. Es que la alegría del encuentro con Jesucristo, esa que nos da tanto miedo de asumir, es contagiosa y grita el anuncio; y ahí crece la Iglesia, el paralítico, cree. “La Iglesia no crece por proselitismo, crece por atracción”; la atracción testimonial de este gozo que anuncia a Jesucristo, ese testimonio que nace de la alegría asumida y luego transformada en anuncio. Es la alegría fundante. Sin este gozo, sin esta alegría, no se puede fundar una Iglesia, no se puede fundar una comunidad cristiana. Es una alegría apostólica, que se irradia, que se expande. Me pregunto: Como Pedro, ¿soy capaz de sentarme junto al hermano y explicar despacio el don de la Palabra que he recibido, y contagiarle mi alegría? ¿Soy capaz de convocar a mi alrededor el entusiasmo de quienes descubren en nosotros el milagro de una vida nueva, que no se puede controlar, a la cual debemos docilidad porque nos atrae, nos lleva, esa vida nueva nacida del encuentro con Cristo?

También san José de Anchieta supo comunicar lo que él había experimentado con el Señor, lo que había visto y oído de Él. Lo que el Señor le comunicó en sus Ejercicios. Él, junto a Nóbrega, es el primer jesuita que Ignacio envía a América. Chico de 19 años. Era tal la alegría que tenía, tal el gozo que fundó una nación. Puso los fundamentos culturales de una nación en Jesucristo. No había estudiado teología. No había estudiado filosofía. Era un chico. Pero había sentido la mirada de Jesucristo y se dejó alegrar, y optó por la luz. Ésa fue y es su santidad. No le tuvo miedo a la alegría.

San José de Anchieta tiene un hermoso himno a la Virgen María, a quien, inspirándose en el cántico de Isaías 52, compara con el mensajero que proclama la paz, que anuncia el gozo de la Buena Noticia. Que Ella, que en esa madrugada del domingo, insomne por la esperanza, no le tuvo miedo a la alegría, nos acompañe en nuestro peregrinar, invitando a todos a levantarse, a renunciar a la parálisis, para entrar juntos en la paz y la alegría que Jesús, el Señor Resucitado, nos promete.

SANTA MISA Y CANONIZACIÓN DE LOS BEATOS JUAN XXIII Y JUAN PABLO II

*II Domingo de Pascua (o de la Divina Misericordia),
27 de abril de 2014*

En el centro de este domingo, con el que se termina la octava de pascua, y que san Juan Pablo II quiso dedicar a la Divina Misericordia, están *las llagas gloriosas de Cristo resucitado*.

Él ya las enseñó la primera vez que se apareció a los apóstoles la misma tarde del primer día de la semana, el día de la resurrección. Pero Tomás aquella tarde, como hemos escuchado, no estaba; y, cuando los demás le dijeron que habían visto al Señor, respondió que, mientras no viera y tocara aquellas llagas, no lo creería. Ocho días después, Jesús se apareció de nuevo en el cenáculo, en medio de los discípulos: Tomás también estaba; se dirigió a él y lo invitó a tocar sus llagas. Y entonces, aquel hombre sincero, aquel hombre acostumbrado a comprobar personalmente las cosas, se arrodilló delante de Jesús y dijo: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

Las llagas de Jesús son un *escándalo para la fe*, pero son también la *comprobación de la fe*. Por eso, en el cuerpo de Cristo resucitado las llagas no desaparecen, permanecen, porque aquellas llagas son el signo permanente del amor de Dios por nosotros, y son *indispensables para creer en Dios*. No para creer que Dios existe, sino para creer *que Dios es amor, misericordia, fidelidad*. San Pedro, citando a Isaías, escribe a los cristianos: «Sus heridas nos han curado» (1 P 2,24; cf. Is 53,5).

San Juan XXIII y san Juan Pablo II *tuvieron el valor de mirar las heridas de Jesús, de tocar sus manos llagadas y su costado traspasado*. No se avergonzaron de la carne de Cristo, no se escandalizaron de él, de su cruz; no se avergonzaron de la carne del hermano (cf. Is 58,7), porque en cada persona que sufría veían a Jesús. Fueron dos hombres valerosos, llenos de la *parresia* del Espíritu Santo, y dieron testimonio ante la Iglesia y el mundo de la bondad de Dios, de su misericordia.

Fueron sacerdotes y obispos y papas del siglo XX. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en

Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en estas cinco llagas; más fuerte, la cercanía materna de María.

En estos dos hombres contemplativos de las llagas de Cristo y testigos de su misericordia había «*una esperanza viva*», junto a un «*gozo inefable y radiante*» (1 P 1,3.8). La esperanza y el gozo que Cristo resucitado da a sus discípulos, y de los que nada ni nadie les podrá privar. La *esperanza y el gozo pascual*, purificados en el crisol de la humillación, del vaciamiento, de la cercanía a los pecadores hasta el extremo, hasta la náusea a causa de la amargura de aquel cáliz. Ésta es la esperanza y el gozo que los dos papas santos recibieron como un don del Señor resucitado, y que a su vez dieron abundantemente al Pueblo de Dios, recibiendo de él un reconocimiento eterno.

Esta esperanza y esta alegría se respiraba en *la primera comunidad de los creyentes*, en Jerusalén, de la que hablan los Hechos de los Apóstoles (cf. 2,42-47), como hemos escuchado en la segunda Lectura. Es una comunidad en la que *se vive la esencia del Evangelio*, esto es, el amor, la misericordia, con simplicidad y fraternidad.

Y ésta es la imagen de la Iglesia que el Concilio Vaticano II tuvo ante sí. Juan XXIII y Juan Pablo II colaboraron con el Espíritu Santo para *restaurar y actualizar la Iglesia según su fisonomía originaria*, la fisonomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos. No olvidemos que son precisamente los santos quienes llevan adelante y hacen crecer la Iglesia. En la convocatoria del Concilio, san Juan XXIII demostró una delicada *docilidad al Espíritu Santo*, se dejó conducir y fue para la Iglesia un pastor, un guía-guiado, guiado por el Espíritu. Éste fue su gran servicio a la Iglesia; por eso me gusta pensar en él como *el Papa de la docilidad al Espíritu santo*.

En este servicio al Pueblo de Dios, san Juan Pablo II fue *el Papa de la familia*. Él mismo, una vez, dijo que así le habría gustado ser recordado, como el Papa de la familia. Me gusta subrayarlo ahora que estamos viviendo *un camino sinodal sobre la familia y con las familias*, un camino que él, desde el Cielo, ciertamente acompaña y sostiene.

Que estos dos nuevos santos pastores del Pueblo de Dios intercedan por la Iglesia, para que, durante estos dos años de camino sinodal, sea dócil al Espíritu Santo en el servicio pastoral a la familia. Que ambos nos enseñen a no escandalizarnos de las llagas de Cristo, a adentrarnos en el misterio de la misericordia divina que siempre espera, siempre perdona, porque siempre ama.

SANTA MISA CON ORDENACIONES PRESBITERALES

11 de mayo de 2014

En la homilía el Pontífice pronunció las palabras sugeridas por el «rito de ordenación de los presbíteros» evidenciando algunos pasajes.

Queridos hermanos, estos hijos y hermanos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Como vosotros bien sabéis, el Señor Jesús es el único sumo sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiso escoger a algunos en particular, para que, ejercitando públicamente en la Iglesia y en su nombre el oficio sacerdotal a favor de todos los hombres, continúen su misión personal de maestro, sacerdote y pastor.

Después de una madura reflexión, vamos a elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que al servicio de Cristo maestro, sacerdote y pastor, cooperen en la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en pueblo de Dios y templo santo del Espíritu.

Ellos, en efecto, serán configurados con Cristo, sumo y eterno sacerdote, es decir, serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y con este título, que les une a su obispo en el sacerdocio, serán predicadores del Evangelio, pastores del pueblo de Dios, y presidirán los actos de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor.

En cuanto a vosotros, hermanos e hijos amadísimos, que vais a ser promovidos al orden del presbiterado, considerad que ejercitando el ministerio de la sagrada doctrina seréis partícipes de la misión de Cristo, único Maestro. Dispensad a todos esa palabra, que vosotros mismos habéis recibido con alegría de vuestras madres, de vuestras catequistas. Leed y meditaad asiduamente la palabra del Señor para creer lo que habéis leído, enseñar lo que habéis aprendido en la fe y vivir lo que habéis enseñado. Así, pues, vuestra doctrina, que no es vuestra, sea alimento para el pueblo de Dios: ¡vosotros no sois dueños de la doctrina! Es la doctrina del Señor, y vosotros debéis ser fieles a la doctrina del Señor. Que vuestra doctrina sea, por lo tanto, alimento para el pueblo de Dios, y el perfume de vuestra vida alegría y sostén para los fieles de Cristo, a fin de que con la pala-

bra y el ejemplo edificuéis la casa de Dios, que es la Iglesia.

Y así continuaréis la obra santificadora de Cristo. A través de vuestro ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto porque se une al sacrificio de Cristo, que por vuestras manos y en nombre de toda la Iglesia es ofrecido de modo incruento sobre el altar en la celebración de los santos misterios.

Reconoced, pues, lo que hacéis, imitad lo que celebráis, para que participando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, llevéis la muerte de Cristo en vuestros miembros y caminéis con Él en una vida nueva.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al pueblo de Dios; con el sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Y aquí quiero detenerme y pedir os que, por el amor de Jesucristo, jamás os canséis de ser misericordiosos. ¡Por favor! Tened esa capacidad de perdón que tuvo el Señor, que no vino a condenar sino a perdonar. Tened misericordia, ¡mucha misericordia! Y si os viene el escrúpulo de ser demasiado «*perdonadores*» pensad en ese santo cura del que os he hablado, que iba delante del Santísimo y decía: «Señor, perdóname si he perdonado demasiado, pero eres tú quien me has dado el mal ejemplo». Y os digo, de verdad: siento tanto dolor cuando encuentro gente que no va a confesarse porque ha sido maltratada, regañada. ¡Han sentido que las puertas de las iglesias se le cerraban en la cara! Por favor, no hagáis esto: misericordia, misericordia. El buen pastor entra por la puerta y la puerta de la misericordia son las llagas del Señor: si vosotros no entráis en vuestro ministerio por las llagas del Señor, no seréis buenos pastores.

Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos; celebrando los ritos sagrados y elevando en las diversas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender a las cosas de Dios, ejerced con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, buscando únicamente agradar a Dios y no a vosotros mismos.

Y pensad en lo que decía san Agustín de los pastores que buscaban agradarse a sí mismos y usaban las ovejas del Señor como alimento y para vestirse, para llevar puesto la majestad de un ministerio que no se sabía si era de Dios. Por último, participando en la misión de Cristo, jefe y pastor, en comunión filial con vuestro obispo, comprometeos a unir a los fieles en una sola familia, para conducirlos a Dios Padre, por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Tened siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no vino para ser servido, sino para servir, y para buscar y salvar lo que estaba perdido.

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Domingo 8 de junio de 2014

«Se llenaron todos de Espíritu Santo» (*Hch 2, 4*).

Hablando a los Apóstoles en la Última Cena, Jesús dijo que, tras marcharse de este mundo, les enviaría *el don del Padre*, es decir, el Espíritu Santo (cf. *Jn 15, 26*). Esta promesa se realizó con poder el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos reunidos en el Cenáculo. Esa efusión, si bien extraordinaria, no fue única y limitada a ese momento, sino que se trata de un acontecimiento que se ha renovado y se renueva aún. Cristo glorificado a la derecha del Padre sigue cumpliendo su promesa, enviando a la Iglesia el Espíritu vivificante, que nos *enseña* y nos *recuerda* y nos *hace hablar*.

El Espíritu Santo *nos enseña*: es el Maestro interior. Nos guía por el justo camino, a través de las situaciones de la vida. Él nos enseña el camino, el sendero. En los primeros tiempos de la Iglesia, al cristianismo se le llamaba «el camino» (cf. *Hch 9, 2*), y Jesús mismo es el camino. El Espíritu Santo nos enseña a seguirlo, a caminar siguiendo sus huellas. Más que un maestro de doctrina, el Espíritu Santo es un maestro de vida. Y de la vida forma parte ciertamente también el saber, el conocer, pero dentro del horizonte más amplio y armónico de la existencia cristiana.

El Espíritu Santo *nos recuerda*, nos recuerda todo lo que dijo Jesús. Es la memoria viviente de la Iglesia. Y mientras nos hace recordar, nos hace comprender las palabras del Señor.

Este recordar en el Espíritu y gracias al Espíritu no se reduce a un hecho mnemónico, es un aspecto esencial de la presencia de Cristo en nosotros y en su Iglesia. El Espíritu de verdad y de caridad nos recuerda todo lo que dijo Cristo, nos hace entrar cada vez más plenamente en el sentido de sus palabras. Todos nosotros tenemos esta experiencia: un momento, en cualquier situación, hay una idea y después otra se relaciona con un pasaje de la Escritura... Es el Espíritu que nos hace recorrer este camino: la senda de la memoria viva de la Iglesia. Y esto requiere de nuestra parte una respuesta: cuanto más generosa es nuestra respues-

ta, en mayor medida las palabras de Jesús se hacen vida en nosotros, se convierten en actitudes, opciones, gestos, testimonio. En esencia, el Espíritu nos recuerda el mandamiento del amor y nos llama a vivirlo.

Un cristiano sin memoria no es un verdadero cristiano: es un cristiano a mitad de camino, es un hombre o una mujer prisionero del momento, que no sabe tomar en consideración su historia, no sabe leerla y vivirla como historia de salvación. En cambio, con la ayuda del Espíritu Santo, podemos interpretar las inspiraciones interiores y los acontecimientos de la vida a la luz de las palabras de Jesús. Y así crece en nosotros la sabiduría de la memoria, la sabiduría del corazón, que es un don del Espíritu. Que el Espíritu Santo reavive en todos nosotros la memoria cristiana. Y ese día, con los Apóstoles, estaba la Mujer de la memoria, la que desde el inicio meditaba todas esas cosas en su corazón. Estaba María, nuestra Madre. Que Ella nos ayude en este camino de la memoria.

El Espíritu Santo nos enseña, nos recuerda, y —otro rasgo— *nos hace hablar*, con Dios y con los hombres. No hay cristianos mudos, mudos en el alma; no, no hay sitio para esto.

Nos hace hablar con Dios en la *oración*. La oración es un don que recibimos gratuitamente; es diálogo con Él en el Espíritu Santo, que ora en nosotros y nos permite dirigirnos a Dios llamándolo Padre, Papá, *Abbà* (cf. *Rm* 8, 15; *Gal* 4, 6); y esto no es sólo un «modo de decir», sino que es la realidad, nosotros somos realmente hijos de Dios. «Cuanto se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (*Rm* 8, 14).

Nos hace hablar en el acto de fe. Ninguno de nosotros puede decir: «Jesús es el Señor» —lo hemos escuchado hoy— sin el Espíritu Santo. Y el Espíritu nos hace hablar con los hombres en el *diálogo fraterno*. Nos ayuda a hablar con los demás reconociendo en ellos a hermanos y hermanas; a hablar con amistad, con ternura, con mansedumbre, comprendiendo las angustias y las esperanzas, las tristezas y las alegrías de los demás.

Pero hay algo más: el Espíritu Santo nos hace hablar también a los hombres en la profecía, es decir, haciéndonos «canales» humildes y dóciles de la Palabra de Dios. La profecía se realiza con franqueza, para mostrar abiertamente las contradicciones y las injusticias, pero siempre con mansedumbre e intención de construir. Llenos del Espíritu de amor, podemos ser signos e instrumentos de Dios que ama, sirve y dona la vida.

Resumiendo: el Espíritu Santo nos enseña el camino; nos recuerda y nos explica las palabras de Jesús; nos hace orar y decir Padre a Dios, nos hace hablar a los hombres en el diálogo fraterno y nos hace hablar en la profecía.

El día de Pentecostés, cuando los discípulos «se llenaron de Espíritu Santo», fue el bautismo de la Iglesia, que nace «en salida», en «partida» para anunciar a todos la Buena Noticia. La Madre Iglesia, que sale para servir. Recordemos a la otra Madre, a nuestra Madre que salió con prontitud, para servir. La Madre Iglesia y la Madre María: las dos vírgenes, las dos madres, las dos mujeres. Jesús había sido perentorio con los Apóstoles: no tenían que alejarse de Jerusalén antes de recibir de lo alto la fuerza del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 4.8). Sin Él no hay misión, no hay evangelización. Por ello, con toda la Iglesia, con nuestra Madre Iglesia católica invocamos: ¡Ven, Espíritu Santo!.

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DEL *CORPUS CHRISTI*

*Atrio de la Basílica de San Juan de Letrán
19 de junio de 2014*

«El Señor, tu Dios, ... te alimentó con el maná, que tú no conocías» (Dt 8, 2-3).

Estas palabras del Deuteronomio hacen referencia a la historia de Israel, que Dios hizo salir de Egipto, de la condición de esclavitud, y durante cuarenta años guió por el desierto hacia la tierra prometida. El pueblo elegido, una vez establecido en la tierra, alcanzó cierta autonomía, un cierto bienestar, y corrió *el riesgo de olvidar* los tristes acontecimientos del pasado, superados gracias a la intervención de Dios y a su infinita bondad. Así pues, las Escrituras exhortan a recordar, a *hacer memoria* de todo el camino recorrido en el desierto, en el tiempo de la carestía y del desaliento. La invitación es volver a lo esencial, a la experiencia de la total dependencia de Dios, cuando la supervivencia estaba confiada a su mano, para que el hombre comprendiera que «no sólo de pan vive el hombre, sino... de todo cuanto sale de la boca de Dios» (Dt 8,3).

Además del hambre físico, el hombre lleva en sí otro hambre, un hambre que no puede ser saciado con el alimento ordinario. Es hambre de vida, hambre de amor, hambre de eternidad. Y el signo del *maná* —como toda la experiencia del éxodo— contenía en sí también esta dimensión: era figura de un alimento que satisface esta profunda hambre que hay en el hombre. Jesús nos da este alimento, es más, es *Él mismo el pan vivo* que da la vida al mundo (cf. Jn 6, 51). Su Cuerpo es el verdadero alimento bajo la especie del pan; su Sangre es la verdadera bebida bajo la especie del vino. No es un simple alimento con el cual saciar nuestro cuerpo, como el maná; el Cuerpo de Cristo es el pan de los últimos tiempos, capaz de dar vida, y vida eterna, porque la esencia de este pan es el Amor.

En la Eucaristía se comunica el amor del Señor por nosotros: un amor tan grande que nos nutre de sí mismo; un amor gratuito, siempre a disposición de toda persona hambrienta y necesitada de regenerar las propias fuerzas. Vivir la experiencia de la fe significa dejarse alimentar por el Señor y construir la propia

existencia no sobre los bienes materiales, sino sobre la realidad que no perece: los dones de Dios, su Palabra y su Cuerpo.

Si miramos a nuestro alrededor, nos damos cuenta de que existen *muchas ofertas de alimento* que no vienen del Señor y que aparentemente satisfacen más. Algunos se nutren con el dinero, otros con el éxito y la vanidad, otros con el poder y el orgullo. Pero el alimento que nos nutre verdaderamente y que nos sacia es sólo el que nos da el Señor. El alimento que nos ofrece el Señor es distinto de los demás, y tal vez no nos parece tan gustoso como ciertas comidas que nos ofrece el mundo. Entonces soñamos con otras comidas, como los judíos en el desierto, que añoraban la carne y las cebollas que comían en Egipto, pero olvidaban que esos alimentos los comían en la mesa de la esclavitud. Ellos, en esos momentos de tentación, tenían memoria, pero una memoria enferma, una memoria selectiva. Una memoria esclava, no libre.

Cada uno de nosotros, hoy, puede preguntarse: ¿y yo? ¿*Dónde quiero comer?* ¿En qué mesa quiero alimentarme? ¿En la mesa del Señor? ¿O sueño con comer manjares gustosos, pero en la esclavitud? Además, cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿cuál es mi memoria? ¿La del Señor que me salva, o la del ajo y las cebollas de la esclavitud? ¿Con qué memoria sacio mi alma?

El Padre nos dice: «Te he alimentado con el maná que tú no conocías». Recuperemos la memoria. Esta es la tarea, recuperar la memoria. Y aprendamos a reconocer el pan falso que engaña y corrompe, porque es fruto del egoísmo, de la autosuficiencia y del pecado.

Dentro de poco, en la *procesión*, seguiremos a Jesús realmente presente en la Eucaristía. La Hostia es nuestro maná, mediante la cual el Señor se nos da a sí mismo. A Él nos dirigimos con confianza: Jesús, defiéndenos de las tentaciones del alimento mundano que nos hace esclavos, alimento envenenado; purifica nuestra memoria, a fin de que no permanezca prisionera en la selectividad egoísta y mundana, sino que sea *memoria viva de tu presencia* a lo largo de la historia de tu pueblo, memoria que se hace «memorial» de tu gesto de amor redentor. Amén.

EN LA SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO SANTA MISA E IMPOSICIÓN DEL PALIO A LOS NUEVOS METROPOLITANOS

Domingo 29 de junio de 2014

En la solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo, patronos principales de Roma, acogemos con gozo y reconocimiento a la Delegación enviada por el Patriarca Ecuménico, el venerado y querido hermano Bartolomé, encabezada por el metropolitano Ioannis. Roguemos al Señor para que también esta visita refuerce nuestros lazos de fraternidad en el camino hacia la plena comunión, que tanto deseamos, entre las dos Iglesias hermanas.

«El Señor ha enviado su ángel para libramme de las manos de Herodes» (*Hch* 12,11). En los comienzos del servicio de Pedro en la comunidad cristiana de Jerusalén, había aún un gran temor a causa de la persecución de Herodes contra algunos miembros de la Iglesia. Habían matado a Santiago, y ahora encarcelado a Pedro, para complacer a la gente. Mientras estaba en la cárcel y encadenado, oye la voz del ángel que le dice: «Date prisa, levántate... Ponte el cinturón y las sandalias... Envuélvete en el manto y sígueme» (*Hch* 12,7-8). Las cadenas cayeron y la puerta de la prisión se abrió sola. Pedro se da cuenta de que el Señor lo «ha librado de las manos de Herodes»; se da cuenta de que Dios lo ha liberado del temor y de las cadenas. Sí, el Señor *nos libera de todo miedo y de todas las cadenas*, de manera que podamos ser verdaderamente libres. La celebración litúrgica expresa bien esta realidad con las palabras del estribillo del Salmo responsorial: «El Señor me libró de todos mis temores».

Aquí está el problema para nosotros, el del miedo y de los refugios pastorales.

Nosotros -me pregunto-, queridos hermanos obispos, ¿tenemos miedo?, ¿*de qué tenemos miedo?* Y si lo tenemos, ¿*qué refugios buscamos* en nuestra vida pastoral para estar seguros? ¿Buscamos tal vez el apoyo de los que tienen poder en este mundo? ¿O nos dejamos engañar por el orgullo que busca gratificaciones y reconocimientos, y allí nos parece estar a salvo? ¿Queridos hermanos obispos, dónde ponemos nuestra seguridad?

El testimonio del apóstol Pedro nos recuerda que *nuestro verdadero refugio es la confianza en Dios*: ella disipa todo temor y nos hace libres de toda esclavitud y de toda tentación mundana. Hoy, el Obispo de Roma y los demás obispos, especialmente los Metropolitanos que han recibido el palio, nos sentimos interpelados por el ejemplo de san Pedro a verificar nuestra confianza en el Señor.

Pedro recobró su confianza cuando Jesús le dijo por tres veces: «Apacienta mis ovejas» (*Jn 21,15.16.17*). Y, al mismo tiempo él, Simón, confesó por tres veces su amor por Jesús, reparando así su triple negación durante la pasión. Pedro siente todavía dentro de sí el resquemor de la herida de aquella decepción causada a su Señor en la noche de la traición. Ahora que él pregunta: «¿Me amas?», Pedro no confía en sí mismo y en sus propias fuerzas, sino en Jesús y en su divina misericordia: «Señor, tú conoces todo; tú sabes que te quiero» (*Jn 21,17*). Y aquí desaparece el miedo, la inseguridad, la pusilanimidad.

Pedro ha experimentado que la fidelidad de Dios es más grande que nuestras infidelidades y más fuerte que nuestras negaciones. Se da cuenta de que la fidelidad del Señor aparta nuestros temores y supera toda imaginación humana. También hoy, a nosotros, Jesús nos pregunta: «¿Me amas?». Lo hace precisamente porque conoce nuestros miedos y fatigas. Pedro nos muestra el camino: fiarse de él, que «sabe todo» de nosotros, no confiando en nuestra capacidad de serle fieles a él, sino en su fidelidad inquebrantable. Jesús nunca nos abandona, porque no puede negarse a sí mismo (cf. *2 Tm 2,13*). Es fiel. La fidelidad que Dios nos confirma incesantemente a nosotros, los Pastores, es la fuente de nuestra confianza y nuestra paz, más allá de nuestros méritos. La fidelidad del Señor para con nosotros mantiene encendido nuestro deseo de servirle y de servir a los hermanos en la caridad.

El amor de Jesús debe ser suficiente para Pedro. Él no debe ceder a la tentación de la curiosidad, de la envidia, como cuando, al ver a Juan cerca de allí, preguntó a Jesús: «Señor, y éste, ¿qué?» (*Jn 21,21*). Pero Jesús, frente a estas tentaciones, le respondió: «¿A ti qué? Tú, sígueme» (*Jn 21,22*). Esta experiencia de Pedro es un mensaje importante también para nosotros, queridos hermanos arzobispos. El Señor repite hoy, a mí, a ustedes y a todos los Pastores: «Sígueme». No pierdas tiempo en preguntas o chismes inútiles; no te entretengas en lo secundario, sino mira a lo esencial y sígueme. Sígueme a pesar de las dificultades. Sígueme en la predicación del Evangelio. Sígueme en el testimonio de una vida que corresponda al don de la gracia del Bautismo y la Ordenación. Sígueme en el hablar de mí a aquellos con los que vives, día tras día, en el esfuerzo del trabajo, del diálogo y de la amistad. Sígueme en el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los últimos, para que a nadie le falte la Palabra de vida, que libera de todo miedo y da confianza en la fidelidad de Dios. Tú, sígueme.